

## CAPÍTULO V.

## EL LUJO ENTRE LOS SALVAJES.

**P**UESTO que hemos señalado como causa eficiente del lujo humano,—dejando á un lado la causa natural, de la que ya hemos dicho sobradas cosas,—la de las ideas de ultratumba primitivas, y ahora añadiremos comunes á todos los pueblos de la tierra, dejando á un lado detalles de forma, y esto precisamente explica el carácter uniforme de las civilizaciones prehistóricas, que es lo que ha inducido á muchos á inventar la raza de los dólmenes, olvidando aquello tan sabido de que una misma causa produce en igualdad de circunstancias, iguales efectos, veamos qué es lo que cree el hombre que hay más allá de la tumba en los albores de su civilización, y veamos si es cierto como hemos indicado que esas ideas persistan á través de la civilización cambiando sólo de traje para vivir aún en los pueblos más cultos é ilustrados de Europa y América, lo mismo entre sus clases ilustradas que entre sus clases ignorantes, dominando á estas últimas por completo, y en mayor ó menor número á las primeras, pues para éstas es difícil distinguir lo que aún conceden á las conveniencias sociales.

¿Qué ideas se forma de la muerte el hombre primitivo? Veamos el curso de su pensamiento y sus resultados.

H. Spencer hablará por nosotros:—El hombre primitivo,—«nota estados de insensibilidad que varían por su duración y su intensidad. Ve salir de ellos al hombre y recobrar sus sentidos en la inmensa mayoría de los casos; diariamente después del sueño, á menudo después de un síncope, á veces después de un estado de coma, á veces también después de golpes ó heridas.

»¿Qué va á pensar de esta otra forma de insensibilidad, de la muerte? ¿No irá seguida también de una reanimación? Lo que permite esperar este resultado y fortifica esta esperanza, es que el hombre ha observado algunas veces que vuelve á la vida cuando ya no se le esperaba. Un individuo al que se iba á enterrar ó á quemar vuelve repentinamente en sí.» (Entie-

ros prematuros.) «Para el salvaje este hecho no quiere decir, como para nosotros, que el tenido por muerto no lo estaba; es un hecho que contribuye á convencerle de que la insensibilidad de la muerte es, como todas las demás, temporal. Aunque fuese capaz de crítica, en vez de ser incapaz, los hechos concurrirían para autorizarle á creer que en estos casos la reanimación no está sino aplazada para un momento más lejano.



Fig. 84.—Punta de saeta de bronce como las anteriores.—Todas españolas.

»Esta confusión, que naturalmente debe preverse, existe en efecto, y de ello tenemos prueba directa. Arbousset y Daumas, citan el proverbio de los bosquimanos que dice:—«La muerte no es más que un sueño.» Bonvick, que nos habla de los tasmanios, escribe:—«Cuando pregunte á Mungo por qué clavaba un chuzo en la tumba del muerto, me respondió tranquilamente: «para que se sirva de él en los combates cuando se despierte.» Los mismos Dayaks, esta raza tan superior, tienen, según Saint-John, grande dificultad para distinguir el sueño de la muerte. Perceval dice: «que cuando un toda muere, los suyos alimentan todavía la esperanza de que se verifique la reanimación, en tanto que no ha comenzado la putrefacción.» La idea de un despertar se ve aún más claramente en el fondo de las razones alegadas para justificar las prácticas de dos tribus, una del mundo antiguo, otra del nuevo, en las que ve la más completa mezcla de brutalidad y de estupidez. Galtón refiere: «que los damaras cosen el cadáver en una vieja piel de buey,» y que lo entierran luego en un hoyo, después de lo cual, «los espectadores saltan hacia adelante y hacia atrás sobre la tumba para impedir que el muerto salga de ella.» Southey nos dice que los tapis «ataban los miembros del cadáver, á fin de que el muerto no pudiese salir y molestar á sus amigos en sus visitas.»

De este orden de creencias lo primero que se nos impone como consecuencia de ellas, es la serie de esfuerzos hechos para despertar, para reanimar el cadáver, para volverle á la vida, á la realidad viviente.

Spencer principia citando el caso de los arauak que golpean terriblemente los cadáveres, y aun á los moribundos, para que no se duerman, ó para que despierten: esto mismo hacen los hotentotes. Esta costumbre ha desaparecido en los pueblos cultos, pero no hay duda que ella sola explica lo que se cuenta de los antiguos egipcios que apaleaban los cadáveres hasta romperles todos los huesos, cualquiera que fuera la idea que á este acto atribuyeran, pues no hay duda que el hecho implica la conservación de la antigua costumbre.



Fig. 85.—Cerámica española de la edad de bronce.

De la misma manera la fórmula curialesca de preguntar al «muerto, quién te ha muerto,» y lo que en estos días han contado á propósito del entierro del rey D. Alfonso XII, esto es, que el montero mayor de Espinosa le llama por tres veces, y que visto que no contesta lo declara muerto y rompe el bastón de mando, esto se explica por lo que hacen los fijienses, mundis, fantis, etc., que llaman á grandes voces á los muertos, convencidos de que con sus gritos conseguirán que vuelva su alma que se había marchado y recobre el cuerpo la vida.

Claro está que la creencia de que el muerto ó dormido puede oír la voz de los que le llaman y regresar al cuerpo, lleva á la costumbre tan general de enterrar con el cadáver, armas con que defenderse, alimentos con que nutrirse al recuperar la vida, vestidos con que abrigarse, y aun amuletos y documentos con que abrirse paso en el mundo de los muertos. Esto es lo que sucede entre los bechmanas según Moffat, entre los jumistas según Hull, entre los bagos según Caillé, entre los kukis, malgaches, insulares de Alsu, papuas, malayos de Borneo, bayadas, fantis, tahitianos, hananianos, nuevo-zelandeses, indios brasileños, y otros y otros pueblos salvajes contemporáneos que Spencer cita. Y lo que aquí es de notar que existe esta costumbre aun en los pueblos que ya queman los cadáveres, como los bayadas, kukis y otros, y como hacían los antiguos indigenas de la América central, quienes, según Oviedo, al ir á quemar un cadáver, ponían un poco de maíz hervido en una calabaza que ataban al cadáver y que á un tiempo quemaban. Lo que de esto resulta claro, como dice Spencer, es que la persistencia de esta costumbre prueba que estos pueblos concebían en otro tiempo la vuelta á la vida en un sentido literal, puesto que no conciben esto los pueblos que destruyen el cadáver por el fuego. Esto, todo esto, hacían los pueblos de la antigüedad clásica, egipcios, asiáticos, griegos y romanos; esto mismo hacían los antiguos mejicanos y peruanos; ¿podemos, pues, dudar acerca de la idea que inspiraba tales costumbres?

Cuando esto se cree, nada más natural que la costumbre de ir de cuando en cuando á visitar la tumba de los fallecidos para renovar sus provisiones, esto hacen los junits y los dacotahs de hoy día, por ejemplo, y esto explica la costumbre general en los pueblos eslavos aun de nuestros días, de ir el día de difuntos al cementerio á comer ó á merendar sobre las tumbas de los de la familia ó amigos, y esto mismo, es decir, la renovación de los alimentos, vestidos, etc., la practicaron los grandes pueblos asiáticos y europeos, lo mismo que los dos grandes pueblos americanos antiguos, los mejicanos y peruanos.

«Además de éstas, pueden citarse otras consecuencias de la creencia en la reanimación. Si el cuerpo está todavía vivo, de cualquiera manera que sea, así como el hombre que sufre un ataque de catalepsia, ¿no ha de respirar, no tiene necesidad de calor? A estas cuestiones han contestado diversas razas afirmativamente.

»Escribe Southey de los guaranis, que «creen que el alma no se separa del cuerpo en la tumba, por cuya razón cuidan mucho del sitio donde lo depositan...» quitando, al efecto, «una parte de la tierra que ha de cubrirlo, al objeto de que no pese demasiado sobre el cuerpo...» y algunas veces lo cubren con un vaso cóncavo para que el alma no se ahogue. Los esquimales creen que un peso cualquiera que descansara sobre un cadáver «lo dañaría.» Y por último, Arriaga cuenta que los antiguos peruanos, después de la conquista, tenían la costumbre de desenterrar los muertos sepultados en las iglesias, porque, decían, los cuer-

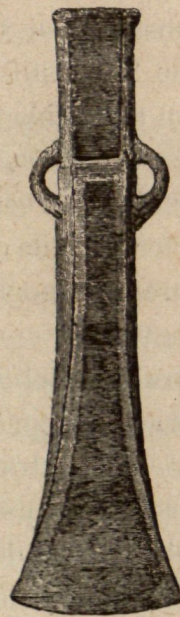


Fig. 86.—Hacha de bronce con rebordes españoles.

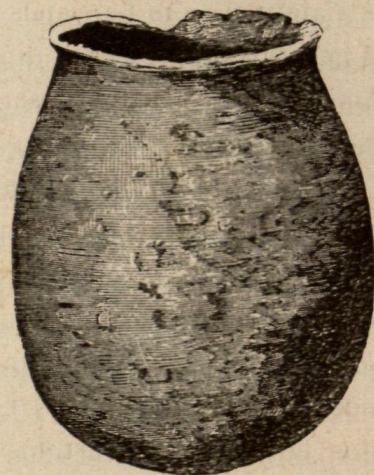


Fig. 87.—Vaso funerario español de la edad de los metales.

pos, cuando son comprimidos por el suelo, están con poca comodidad, y por tanto, preferirán dejarlos en pleno aire.»

Nosotros creemos que de esta creencia habían de estar dominados los hombres de las edades de la piedra que depositaban los cadáveres en las grutas naturales y artificiales, y los hombres de la edad de los dólmenes, pues, ¿qué explicación puede darse de la trabajosa construcción de una tumba de esta clase, del acarreo y levantamiento de las grandes peñas que la constituyen, sino la de dar al cadáver un espacio suficiente para que pudiera respirar con comodidad?

«El fuego, continúa Spencer, sirve á veces para dar calor y cocer las sustancias alimenticias. Veamos, pues, cómo en ciertos casos, se proporcionaba á los difuntos estos beneficios. Cuenta Morgan que los iroqueses «hacían fuego sobre las tumbas de los muertos durante la noche, á fin de permitir al espíritu la preparación de sus alimentos.» En el Brasil, según Burtón, «existe la costumbre de encender fuego al lado de las tumbas recientes... para bien del difunto.» Schaen dice que «los cherbros—negros de Costa de Oro,—encienden fuego á menudo, durante las noches frías y húmedas, sobre las tumbas de sus amigos difuntos. Los australianos occidentales encendían también fuego y lo mantenían durante algunos días en las proximidades de las tumbas, y si el muerto era personaje importante, se conservaba encendido todos los días por espacio de tres ó cuatro años.»

¿Puede darse un comentario más claro, con lo que antecede, de la antigua y moderna costumbre de alumbrar lámparas en las tumbas?

La creencia de la resurrección corporal que á tanto obliga como acabamos de ver, lleva también á adoptar grandes precauciones para preservar al cadáver, al que duerme, de toda mutilación, pues, si esto sucediera, ¿no podría resucitar, ó resucitaría estropeado lo que sería una indignidad y una vergüenza? Así podría muy bien sostenerse que los dólmenes, los túmulos fueron elevados á este fin. Esto podría sostenerse muy bien para los túmulos, pues cubiertos éstos de árboles como hacen los chibchas, ó de zarzales según las costumbres de los mandingos, de los yalafs y de los damaras, se consigue darles una apariencia de accidentes naturales del terreno que los preserva de toda profanación. Así han podido llegar buen número de ellos hasta nosotros, no habiendo sido la menor de las sorpresas, el que hayan resultado túmulos lo que por siglos se creía que eran pequeñas colinas ó montículos.

Pero hay otra manera de preservar á los cadáveres que explica construcciones famosísimas. La costumbre de poner los cadáveres debajo del suelo ó encima del suelo no inspira seguridad á muchos pueblos, pues los entrega á la acción de muchos animales que saben escarbar los túmulos é introducirse hasta los cadáveres. De aquí la idea de depositarlos en elevadas plataformas, como lo hacen muchos pueblos de la Polinesia, los de Australia, islas Andaman, zulús, dayaks y kayans, dacotahs, mandanos, caribes. Ahora bien, si imaginamos estos entierros convertidos en construcciones arquitectónicas, nada hay que contradiga la suposición de que las pirámides de Egipto son otra cosa más que el superior y más elevado desenvolvimiento de esta idea. Ya veremos luego al dar una ligera idea de las creencias en la vida de ultratumba de los grandes pueblos históricos, como la necesidad de preservar los cadáveres para el día de la resurrección corporal obliga y determina la construcción de tumbas inaccesibles. Pues qué, ¿no fué la maravilla de las maravillas el día que por casualidad se descubrió la entrada de las tumbas reales con tanto interés ocultada por los constructores de las pirámides? Hoy mismo, ¿no hay pirámides que guardan todavía ese secreto, á pe-

sar de la gran diligencia que se ha puesto para arrancárselo? Esta es también la conclusión de Spencer.

«Otro grupo de costumbres, que tienen el mismo objeto, se hace ahora necesario estudiar. Vamos á hablar del empleo de los métodos destinados á evitar la descomposición del cadáver. Además de la creencia fundada en que la resurrección se impedirá si el otro yo á su regreso encuentra un cuerpo mutilado ó no lo encuentra siquiera (1), existe la creencia basada en que es preciso detener la putrefacción para asegurar la resurrección. Se infiere naturalmente que si la destrucción del cadáver verificada por los animales impide la vuelta á la vida, la descomposición lo impide también. Si esta idea no germina entre la humanidad más atrasada, es porque no han descubierto todavía el método de detener la descomposición; pero entre las razas más adelantadas existen pruebas fehacientes que la idea va tomando cuerpo y que viene á ser un motivo de acción.»

Es por esto que al lado de los sistemas primitivos, de conservar los huesos, los cabellos y las uñas en puntos determinados, usados en nuestros días por chibchas y loangos, aparece el embalsamamiento en los grandes pueblos americanos, lo mismo que en Egipto, y en su lugar veremos hasta dónde llegaba el lujo en punto á embalsamamientos.

De esta clase de ritos nacen costumbres cuya significación debemos buscar aquí para que luego no aparezcan sin sentido y como aberraciones que las leyes civiles como las suntuarias estaban en el caso de castigar y reprimir, aludimos á las mutilaciones y otros usos que son muy á menudo señales de luto, y que indirectamente demuestran la creencia en la idea de resurrección.

«Leemos en la Iliada, dice Spencer, que en los funerales de Patroclo, los myrmidones se cortaron sus cabelleras cubriendo con ellas el cuerpo del héroe; además, que Aquiles colocó su propia cabellera en las manos del cadáver, y que ejecutó este acto consagrándose él mismo á la venganza de Patroclo, prometiéndose ir en seguida á reunirse con él. La cabellera representa en este caso un testimonio de amistad; una parte del cuerpo sirve de símbolo á la entrega total del mismo. Este acto, señal de afecto ó manera de sacrificio ó ambas acepciones á la vez, se repite, con suma frecuencia, en la mayor parte de las razas incivilizadas.

»Para indicar más claramente la significación de este rito, empezaré por el testimonio de Bonwick, que nos enseña que las mujeres tasmanianas «se cortaban los cabellos en señal de dolor y los lanzaban sobre la tumba.» A esto añadiremos lo que cuenta Winterbotton, que entre los zulus se veía una tumba, la de una mujer, sobre la cual estaba depositada la cabellera de su hija mayor.»

Análogas ó parecidas costumbres se encuentran entre los negros de Costa de Oro, mpongues, cafres y hotentotes. En las islas de Hawai, entre los tonganos y naturales de Nueva Zelandia, etc., etc. Hoy mismo, en un pueblo semicivilizado, cuya reina recorre las grandes capitales europeas, en Madagascar, á la muerte de una de sus antecesoras inmediatas, «todo el pueblo, exceptuando tan sólo unos veinte oficiales del más alto rango, tuvieron que cortarse los cabellos» en señal de luto.

«Que este rito es un símbolo de subordinación y un medio de alcanzar favor del difunto para cuando vuelva á la vida, lo atestiguan diversos hechos. Así Shortt nos enseña que los todas, cuando muere alguno de ellos, se cortan los cabellos, «pero solamente los más jóvenes

(1) Véase en la página siguiente lo que decimos sobre el otro yo para la inteligencia de lo que aquí decimos.

en demostración del respeto que les merecen sus mayores.» Los pueblos de la América del Sud atestiguan por medio de este acto su subordinación política y doméstica. Sabemos por Dobrizhoffer que entre los Abipones, «á la muerte de un cacique, todos los que están sometidos á su autoridad, córtanse sus largas cabelleras en demostración de dolor.» Los peruanos lo mismo. Cieza nos dice que «los indios de Llacta-Cunya se desesperaban de un modo extraordinario junto sus muertos, y que se cortaba los cabellos á las mujeres que no se mataban,» lo cual demuestra que las esposas que no sacrificaban su cuerpo para no abandonar su marido, cedían como testimonio de sentimiento su cabellera.»

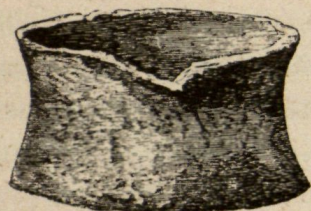


Fig. 88.—Vaso de bronce español.

Ya tenemos, pues, conocido el origen de las costumbres sangrientas en obsequio de los muertos. En nuestros días, tasmánianos (antes de su total extinción), australianos, tahitianos, neo-zelandeses, tonganos, groenlandeses, chinuks, comanches, dacotahs, etc., se mutilan ó vierten su propia sangre cuando los funerales de sus parientes, amigos y jefes, y esto según grado y medida. Por ejemplo «los naturales de las islas Tongas, á la muerte del gran sacerdote, se cortaban la primera falange del dedo meñique; y por Illis sabemos que á la muerte de un rey ó de un jefe de las islas Sandwich, sus súbditos se someten á ciertas mutilaciones; hácese pintar una parte de la lengua, cortar las orejas ó arrancar denodadamente uno de los dientes anteriores (1).»

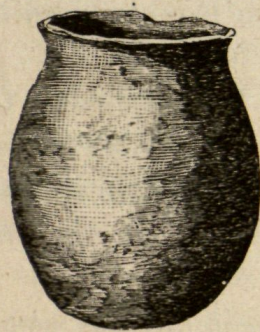


Fig. 89.—Vaso de bronce español.

Dice Spencer en el capítulo siguiente, que de tan ligera manera hemos extractado, que los ritos fúnebres de que acabamos de hablar simplican la creencia de que la vida que sigue á la muerte no difiere en nada de aquella, y que las necesidades y las ocupaciones son las mismas. Esto es incontestable, y esto explica, como dice muy bien Spencer, el que se entierren con las mujeres los útiles domésticos; y con los niños los juguetes, que es lo que nos ha proporcionado la satisfacción de conocer los juguetes de griegos y romanos, y toda una rama de las artes industriales de tanta importancia hoy día, y esas hermosas y parlantes figuritas de Tanagra, si podemos hablar así, que fueron el superior resultado de tal arte.

Pero aquí se hace necesario lo más brevemente posible hablar de lo que motiva fundamentalmente tan singulares costumbres. La causa de ello está en la creencia en el duplicado humano, en el otro yo, que se marcha de nosotros, y á nosotros vuelve cuando se le antoja. Este punto lo ha establecido Spencer con tan rigurosa demostración, que ello solo basta á su gloria de sociológico, pues ya estamos viendo las inmensas consecuencias que ha tenido para el hombre y la humanidad, la incapacidad del hombre primitivo en explicarse las causas varias de la insensibilidad humana, el sueño, la catalepsia, el desmayo, el síncope, el éxtasis, etc.

Así resulta que es general entre los pueblos salvajes la existencia de dos almas en nosotros, y así dicen los indios de la América del Norte que de las dos almas, «una queda con el cuerpo, mientras que la otra está en libertad de dejarlo para hacer sus excursiones duran-

(1) H. SPENCER —*The Principles of Sociology*.—Vol. I.—London, 1877.—Cap. XI á XV.

te el sueño.» Según Crantz, creen los groenlandeses, «que la alma puede olvidar el cuerpo durante el intervalo del sueño.» Thompson dice que los naturales de Nueva Zelanda creen «que durante el sueño, el espíritu se separa del cuerpo, y que los ensueños son los objetos que ve durante sus peregrinaciones.» En las islas Fijis «se cree que el espíritu de un hombre que todavía vive, deja su cuerpo mientras duerme, para ir á atormentar á otras personas.» Igual cosa se cree en Borneo. Según Saint-John, los dayaks están convencidos de que «la alma, durante el sueño, marcha sola de expedición; y que ve, oye y habla; y el rajah Brooke dice además que, «los dayaks creen que las cosas que se presentan de una manera fuerte á un espíritu en sus sueños, son cosas que realmente han tenido lugar.» Entre las tribus montañosas de la India, los karenos, por ejemplo, siguen iguales doctrinas; y dicen, según lo cuenta Masón, que, «durante el sueño, su alma, ó espíritu, se marcha á las extremidades de la tierra, y que nuestros sueños son lo que ella ve y experimenta en sus viajes de exploración. Los mismos peruanos antiguos, por adelantado que fuera el estado social que habían alcanzado, daban á los liechos la misma interpretación. «Creen, dice Garcilaso, que el alma abandona el cuerpo durante el sueño. Afirman que el alma no puede dormir, y que las cosas que soñamos son las que el alma ve en el mundo mientras que el cuerpo duerme.» (1)

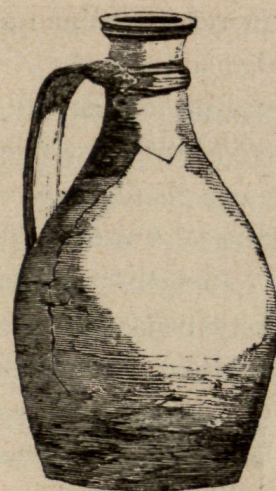


Fig. 90.—Vaso español de la edad de bronce.

Creemos que bastan los ejemplos citados para demostrar la existencia de la creencia en el duplicado humano, en el otro yo, y que no necesitamos fundar esta creencia en lo que resulta de los ensueños, cuando aun hoy tanta importancia tienen á lo menos entre la generalidad de las mujeres, y en los efectos que habían de ser forzosamente incomprensibles para el hombre primitivo, como lo son hoy para el salvaje, de los diferentes grados del sonambulismo, magnetismo, catalepsia, éxtasis, etc., durante los cuales se ve á seres vivos en la más completa inmovilidad, ó en en el más extraño movimiento, cuando no se les ve realizar actos de la vida real, de los cuales no tienen al despertar la menor idea, es decir, el menor recuerdo.

Pues bien, créase ó no que á la muerte se marchan las dos almas, ó una de ellas, que es lo más natural, nada más lógico que lo que hacen los abipones, «colgando un traje completo de un árbol cerca de la tumba, á fin de que el muerto pueda vestírselo cuando quiera salir de la misma,» ó lo que hacen los habitantes de Dahomey, enterrando con los muertos, entre otros objetos, «vestidos de recambio que deberá vestir cuando lleguen á la tierra de los muertos.» Y dicho se está que la costumbre de dar á los muertos objetos de vestir, algunas veces sus más hermosos trajes, de que se les reviste en el momento mismo de enterrarlos, otros vestidos que cada año se depositan sobre sus huesos, por ejemplo, entre los patagones, se llega hasta el extremo de colocar á su lado sus joyas y objetos preciosos.» Y en general, vemos que con frecuencia se entierra con el muerto «lo que él poseía,» como sucede entre los samoyedos, australianos occidentales, damaras, negros del interior de Africa, é indígenas de Nueva Zelanda. Con el muerto, entierran los patagones «todo lo que él poseía;» los hagas «entierran todos sus muebles;» los pueblos de la Guyana «los principales tesoros que

(1) H. SPENCER.—*The principles of Sociology*.—Vol. I.—London, 1877.—Cap. XI á XV.

poseían en vida;» los papuas de Nueva Guinea «sus armas y ornamentos.» En el Perú se enterraba con el Inca «su vajilla de plata y sus joyas;» en el antiguo Méjico, «los trajes y las piedras preciosas del difunto;» los chibchas «su oro, sus esmeraldas y demás tesoros.» El cuerpo de la última reina de Madagascar fué envuelto con más de quinientas lambas de seda, cuyas vueltas encerraron veinte relojes de oro, cien cadenas del mismo metal, anillos, broches, brazaletes y otros objetos de joyería, y también cien monedas de oro.» Y Burtón dice que entre los antiguos calabares se construye una habitación junto á la orilla para depositar en ella «todo lo que el muerto poseía,» y que entre otras cosas se lleva allí una cama, para que el espíritu no tenga que descansar en el suelo.» A veces sucede que las disposiciones que se toman para la vida futura de los muertos se llevan tan lejos, que son objeto de graves daños para los vivos. Así, hay razas en Costa de Oro, según cuenta Becham, «que los funerales arruinan absolutamente á una familia pobre.» Low nos cuenta que los dayaks, además de lo que pertenece al muerto, entierran con él grandes cantidades de dinero y objetos preciosos;» de modo que un padre que tenga la desgracia de perder muchos miembros de su familia, se encuentra reducido á la pobreza. En fin, en ciertas sociedades americanas, que ya han desaparecido, no se dejaba á la viuda y á los hijos más que una sola cosa, las tierras del muerto, por cuanto no se podían enterrar dentro su tumba.»

Recuérdese desde ahora para más adelante á qué extremos llega el lujo entre los pueblos salvajes con motivo de los enterramientos, pues nosotros hemos de ver, en tiempos históricos, severas disposiciones suntuarias para prevenir la ruina de las familias; con tal motivo, y como para entonces la idea que tan grandes despilfarros motivaba aparece entre las nieblas, es bueno recordar que la corrección que al lujo de los funerales y enterramientos romanos quiso poner la primera ley suntuaria romana, obedece á las creencias que arruinan á los negros de Costa de Oro y á los dayaks. Pero aun hay más.

«Llevando los pueblos incivilizados su concepción de la vida futura como una repetición de la presente hasta su último límite, han concluído de una vida que entienden sólo suspendida momentáneamente, que el difunto tendría necesidad no sólo de los objetos inanimados que poseía, sí que también de los animados. De aquí la costumbre de dar muerte á todos los seres vivientes de su propiedad. Junto con un jefe kirghice entierran «sus caballos favoritos;» lo mismo sucede para los zukutas, los comanches, los patagones; con el borghu se entierra su caballo y su perro, con el beduino su camello, con el dámara su ganado, con él todos «sus rebaños enteros;» y ya al rateen, cuando está próximo á morir, se principia por atarle á sus puños con una cuerda sus cerdos á los que al fallecer se da muerte. Claro está que los cráneos de animales que tan á menudo se encuentran colocados alrededor de una tumba, demuestran el número de los que los muertos se llevaron consigo para utilizarlos en su segunda vida. Cuando la raza se entrega aquí á la vida agrícola en lugar de la vida pastoral ó cazadora, la misma idea da lugar á usos análogos. Ischudi nos dice que en el Perú se deja al lado del muerto un pequeño cesto conteniendo cocos, maíz, quina, etc., para que tenga que sembrar en los campos del otro mundo.

»En su desenvolvimiento lógico, implica la creencia primitiva algo más, á saber, que el muerto no sólo tiene necesidad de sus armas y de sus útiles, de sus trajes, adornos y otros objetos mobiliarios, y también de sus animales domésticos, sino que todavía tiene necesidad de compañeros humanos y de sus servicios, por lo mismo que ha de conservar después de su muerte el séquito que tenía durante su vida.



»De aquí esas inmolaciones más ó menos numerosas, cuyo uso ha existido y existe todavía en tantos puntos, como por ejemplo, sacrificios de viudas, esclavos y amigos. Todo esto es sobrado conocido para que haya necesidad de ilustrarlo. Así me limitaré á hacer notar que este uso se desenvuelve á medida que la sociedad recorre los primeros periodos de la civilización, y que la teoría de la otra vida se define con mayor precisión.

»Entre los fuegienses, andamanos, australienses y tasmanios, cuya organización social es sólo rudimentaria, el sacrificio de las mujeres, como consecuencia de la muerte de su marido, no ha de ser una costumbre general, ya que los viajeros no la mencionan. Pero en cambio la encontramos en pueblos mucho más adelantados: en la Polinesia, en los naturales de Nueva-Caledonia, en los fijienses, y algunas veces entre los más civilizados de los tonganos; en América, entre los chinaks, caribes y dacotahs; en Africa, entre los pueblos del Congo, los negros del interior y los negros de la costa; también está muy extendida entre los dahomanos.

»Los caribes, dacotahs y chinuks sacrifican á los prisioneros de guerra para el muerto, cuyos funerales celebran las gentes que le acompañan; y sin enumerar los pueblos salvajes y semi-salvajes que hacen lo mismo, me limitaré á citar la supervivencia de su uso entre los griegos homéricos, que degollaron, bien que por otro motivo, á doce troyanos sobre la hoguera fúnebre de Patroclo: de la misma manera se trataba á la gente de servicio. Los kayanes degüellan á los esclavos del que acaba de fallecer; los milanianos de Borneo hacen lo mismo. Los zulús matan á los criados del rey á la muerte de éste. Los negros del interior del Africa matan á sus eunucos para que den guardia á sus mujeres. Los negros de Costa de Oro envenenan ó decapitan á sus criados favoritos. Pero no es esto todo: casos hay en que se inmola á los amigos del muerto. En las islas Fiji se sacrifica, cuando la muerte de un jefe, á uno de sus mejores amigos, para darle un compañero; y una costumbre análoga se encuentra también entre las sanguinarias sociedades de la Africa tropical.

»Sin embargo, fueron los pueblos más ilustrados de la América, quienes tomaron mayores precauciones para disponer el bienestar de los muertos. En Méjico se degollaba al capellán de un grande para que marchara á cumplir para él, en el otro mundo, las ceremonias religiosas á que tenía por costumbre asistir en éste. Entre los indianos de Vera Paz, nos dice Ximenes, «cuando un señor va á expirar, se mata sobre la marcha á todos los esclavos que tiene, para que le precedan y le dispongan su nueva habitación.» Y Clavigero dice, que además de sus servidores, «los mejicanos sacrificaban algunos de sus hombres de conformación monstruosa que el rey reunía en palacio para que le divirtieran; y con esto se quería procurarle los mismos placeres de que gozaba en vida.» Dicho se está que las prudentes precauciones que se tomaban para evitar que el difunto careciese de ninguna de las ventajas de que había disfrutado durante su vida, necesitaban grandes efusiones de sangre. Así, entre los mejicanos, el número de víctimas estaba en proporción de la importancia de los funerales, llevándose á veces, como algunos historiadores lo afirman, «hasta á doscientas;» en fin, en el Perú, cuando moría un Inca, «se inmolaba sobre su tumba á sus servidores y á sus concubinas favoritas, cuyo número llegaba á veces hasta mil.»

»Concebiremos mejor hasta qué punto la intensidad de la fe alimenta tales costumbres, la prueba de que las víctimas sufrían la muerte de una manera voluntaria, llegando á veces á desearla vivamente. Entre los guaranis, en los antiguos tiempos, los guerreros fieles «se sacrificaban sobre la tumba de un jefe.» Garcilaso cuenta que las mujeres de un Inca difunto

«pedían la muerte, y que su número era á menudo tan grande, que estaban obligados á intervenir los oficiales para declarar que por el momento ya había bastantes.» Según Cieza, mujeres deseosas de demostrar su fidelidad, y pensando en lo mucho que se tardaría en llenar su tumba, se estrangulaban con sus propios cabellos, muriendo así de sus propias manos.» Lo mismo sucedía entre los chibchas; según dice de Simón, «con el muerto se enterraba á las mujeres y esclavos que con más ardor deseaban hacerle compañía.» En Africa lo mismo. Entre los yombans, no sólo se degüella á los esclavos en los funerales de los grandes, pues que también «muchos de sus amigos se envenenan» y se les coloca en la misma tumba. En otros tiempos, en el Congo, cuando moría el rey, una docena de jóvenes

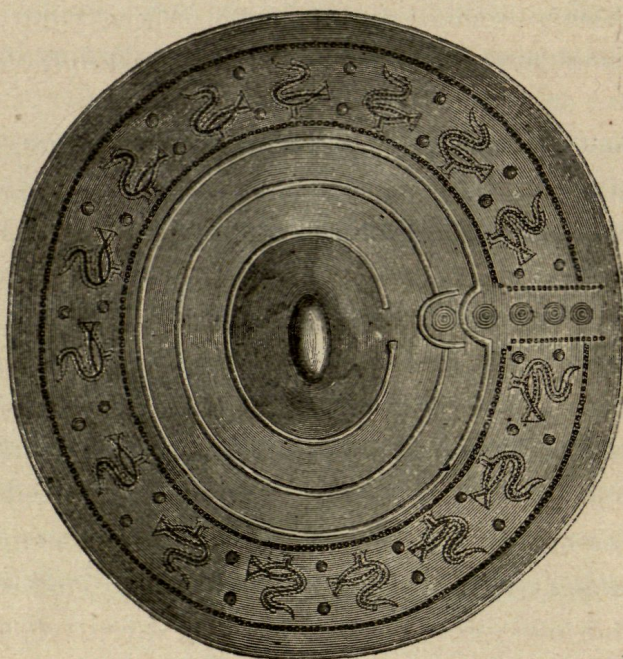


Fig. 91.—Escudo de bronce escandinavo.

se arrojaban dentro de su tumba para ser enterradas vivas con el objeto de servirle en el otro mundo. Y era tanto el ardor con que esas jóvenes se apresuraban á entrar en el servicio de su difunto príncipe, que, á causa de los desesperados esfuerzos que hacían para ser cada una la primera, á veces se mataban en la lucha para conseguirlo.» Y en el Dahomey «luego después de la muerte del rey, sus mujeres principian por destruir todos sus muebles y todo lo que de precioso tienen, lo mismo lo que pertenece al príncipe, que lo que es de su propiedad, para darse después mutuamente la muerte. Una vez doscientas veinticinco mujeres sucumbieron de esta suerte, sin que pudiera impedirlo el nuevo rey. (1)

¿Podemos continuar adelante sin llamar aquí la atención sobre los combates de gladiadores, cuya feroz costumbre se ha querido explicar como una transformación de la costumbre de la edad heroica de degollar á los prisioneros á los manes de un jefe ilustre? Si esto hiciéramos, ya sabemos que nos detendríamos á la mitad de la explicación.

Los combates de gladiadores no hacen su aparición en Roma hasta 264 años antes de Jesucristo, pero se afirma unánimemente la costumbre para los demás pueblos italianos desde

(1) H. SPENCER.—*The principles of Sociology*.—Vol. I.—London, 1877.—Cap. XI á XV.

la más remota antigüedad, y que vivían en un estado de cultura muy inferior al de Roma. Pero esos combates, en un principio, no se celebraban sino alrededor de la hoguera que consumía al muerto ilustre en cuyo honor se daban, y esto nos pone en el caso de afirmar, que la costumbre primitiva que esto implica, no es otra que la necesidad de mandar al otro mundo para que sirvan de compañeros ó de criados al difunto, como lo prueban las costumbres de los pueblos salvajes contemporáneos.—Ahora creemos que no se rechazará la interpretación que hemos dado de los cadáveres hallados en la cueva de los Murciélagos de la provincia de Granada.

«Y aquí hemos de introducir el hecho, que aun no hemos mencionado, la divergencia que separa cada vez más la idea civilizada de la idea salvaje. Naturalmente, la concepción primitiva que hace de la segunda vida una copia de la primera, se hace cada vez menos admisible á medida que se acumulan los conocimientos y que la inteligencia, al ilustrarse, puede

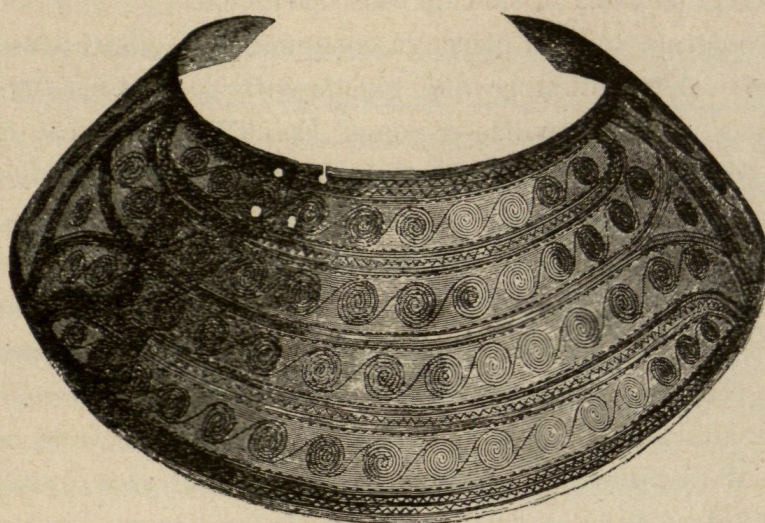


Fig. 92.—Gola escandinava de bronce.

apercibir mejor los caracteres incompatibles: de aquí las modificaciones que experimenta. Veamos, pues, los principales contrastes. La completa materialidad de la segunda vida, tal como se presenta á la concepción de los hombres primitivos, resulta de una manera evidente de los hechos hasta aquí anotados, como una consecuencia necesaria de la concepción que representa el otro yo como un sér material. El difunto, bien que se haya hecho invisible, come, bebe, caza y combate como lo hacía durante su vida real terrestre. Lo que prueba que se considera su vida como material, es que, entre los cafres por ejemplo, «se rompen ó se echan á perder las armas del muerto, temiendo que su espíritu no vuelva alguna noche á la tierra y no se sirva de ellas para hacer daño á alguien.» Por ese mismo motivo los australianos cortan el pulgar al enemigo que matan en combate para que su espíritu no pueda lanzar jamás otro venablo.

»Pero la destrucción del cuerpo por el fuego ó de cualquiera otra manera, tiende á producir una noción mezquina de la otra vida, es decir, que fortifica la idea de un otro yo menos material que sugieren ciertas experiencias del sueño engendrando la idea de otra vida menos material. Manifiéstase ese estrecho modo de ver en la costumbre de quemar ó de destruir por otros medios cosas consagradas al uso del muerto. Ya hemos notado más arriba el caso en que se quemaban con el cuerpo los alimentos depositados á su lado, y

otros, en que de conformidad con la misma idea, se quemaba todo lo que era de su propiedad. En Africa este uso es muy comun entre los kusas, las viudas «quemaban todos los utensilios domésticos» del difunto. Los bagos—costa de Guinea—hacen la misma cosa, y destruyen al mismo tiempo todas sus provisiones alimenticias; «el arroz mismo no escapa á las llamas.» Entre los comachos es costumbre quemar las armas del muerto. En otros casos se echan á perder las armas y los muebles del fallecido. Franklin dice de los chippeuanos que, «cuando un individuo acaba de morir, sus desgraciados parientes no respetan cosa alguna de la casa, hacen pedazos sus vestidos y sus tiendas, rompen sus fusiles é inutilizan sus otras armas.» Claro está que esto supone que los espíritus de los objetos que han pertenecido al muerto acompañan al suyo; resultando de ello la creencia, conforme á la cual la segunda vida difiere materialmente de la primera, y algunas veces esta creencia se expresa de una manera formal; así se dice que las almas del muerto consumen las esencias de los sacrificios que se les hace, y no la sustancia misma de esos sacrificios.

»Más decidido contraste todavía ofrece la costumbre de destruir uno de los objetos de propiedad del difunto. Esa costumbre que existía entre los chinos, Mr. J. Thomson la ha hallado recientemente viva en aquellas regiones. En su libro titulado *Straits of Malacca*, habla de dos viudas desoladas de un mandarín á quienes vió entregar á las llamas «enormes modelos de papel representando casas, muebles, buques, literas, *damas de honor y pajes nobles.*» Dicho se está por tanto, que esto implica que los modelos quemados suponen otra vida muy inmaterial, pues de otra suerte no se comprende la utilidad de la quemazón (1).—A lo que añadimos nosotros, y dicho se está también, que esto supone un tiempo en que se quemaban dichos objetos, damas y pajes en toda su realidad sustancial.

Si por lo que acabamos de decir se entendiera que el lujo no tiene otra fuente entre los salvajes que el lujo de los funerales, ciertamente que el problema quedaría por resolver, y que quedara sin demostración lo mismo que el lujo de los salvajes ha de mostrar, esto es, la pasión del hombre por el lujo, pasión natural, lujo de los sentimientos estéticos innatos en el hombre y que la educación sólo perfecciona y desmaterializa.

¿Podemos dar algunas pruebas de los sentimientos estéticos de los pueblos salvajes? Sí, por cierto, y nada más fácil, pues sobre que no había de ser difícil hallar abundantes pruebas en los autores de viajes á dichos pueblos, H. Spencer, catalogando, digámoslo así, los materiales que le sirvieron de base para sus *Principios de sociología* en su obra *Sociología descriptiva*, ha facilitado este estudio á cuantos quieran emprenderlo.

En efecto, de los datos recogidos por el gran sociólogo, resulta, según cuentan varios autores para las razas más atrasadas de la humanidad, que los fuegianos sentían cierto placer al ver á Mr. Simón bosquejando sus chozas y sus paisajes, pero que no comprendían que dicho señor se entretuviera copiando sus flores ó sus arbustos, es decir, que en los dibujos de estas cosas no hallaban placer alguno. De este mismo pueblo, decía Cook, que mientras no sentían la belleza de sus desnudos cuerpos, en cambio eran muy pretenciosos por la de sus rostros. De todos los colores, dice Fitzroy, es el rojo el que más les encanta. Respecto á artes, todas las que poseen son importadas. En música si no son inteligentes son aficionados. Mas su mesa es de lo más repugnante, pues generalmente la carne que comen, sea terrestre ó marítima, la engullen en estado de putrefacción.

(1) H. SPENCER.—*The principles of Sociology*.—Vol. I.—London, 1877.—Cap. XI á XV.

Cook dice de los australianos, que éstos como los fuegianos gustan de los adornos aun cuando unos y otros vayan completamente desnudos. Y esto mismo repite Mitchell, recalcando especialmente esta afición en las mujeres, pero uno y otro sexo llevan collares de dientes de kanguro, y hasta son capaces de trazar informes dibujos, y de identificar los objetos dibujados si representan objetos de su conocimiento, pero que difícilmente se halla un solo individuo capaz de identificar su propio retrato. En lo que parece que los australianos tienen disposiciones nativas, es en la música, danza y poesía, pues gustan mucho de la primera, en la segunda son realmente inventores, pues se les ve inventar nuevas danzas en las que imitan ciertos actos y costumbres de los europeos, y tienen canciones variadas, aun cuando por lo general cada una de ellas no tiene más que dos ideas que se repiten sin cesar alternándolas. Su mesa no es superior á la de los fuegianos, escarbando con sus disecados brazos y manos el suelo para arrancar la tierra en que las serpientes y gusanos depositan sus larvas para comerlas con verdadera fruición.

De las negritas, es la raza tasmaniana que ha desaparecido por completo por no poder resistir la vida civilizada, de la que más noticias tenemos. Distingúanse por una limpieza relativa, y ya hemos dicho que la limpieza del lujo es de las que más tarde se gozan, pero les repugnaba y se burlaban de los cuidados de los blancos en la limpieza de sus cuerpos y comidas. Iban desnudos como los fuegianos y australianos, y no pedían nunca de qué vestirse, sino objetos con que adornarse, hecho que se repite constantemente, cuya significación no puede ocultarse á los que hayan leído nuestra Introducción. En este pueblo, por primera vez, vemos al sér humano; las mujeres adornándose con las flores de sus campos, y con sus hojas y ramas que trenzaban á su manera. Los hombres no gustaban de esta clase de adornos; por lo general les bastaba para realzar su hermosura unos cuantos dientes de kanguro con que atravesar sus orejas, labios y otras partes de su cuerpo.

Pero el gusto incipiente, digámoslo así, de las tasmanienses, por los adornos de flores naturales, es verdadera pasión para los naturales de Nueva Guinea, que con ellas adornan su cabeza, pechos y brazos. De estos pueblos el que más extremado gusto muestra por la ornamentación es el papua, que todo lo llena de adornos, y es notable esto, de que, á pesar de su extremado gusto por la ornamentación, cuando se le ofrece un objeto útil ó un simple adorno, prefiere siempre el primero. El color rojo es igualmente su favorito.

Los fijianos, según Erskine, son limpios, demostrando su limpieza lo mismo en sus personas que en sus comidas, y en éstas lo mismo al hacer sus guisotes que al servirlos. Lee-mann dice: que quieren apasionadamente las plantas ornamentales de sus islas, aun cuando su flora es muy pobre, adornándose con ellas su cuerpo y formando con sus hojas una especie de turbantes con que cubren su cabeza; lo que les ha llevado á tener una verdadera aptitud para trenzar las fibras y ramas de sus plantas y arbustos con las que hacen hermosas combinaciones. El timbre de su voz, en particular el de las mujeres, es agradable y bien entonado, y sin embargo, no muestran disposición alguna por la música ni por el canto, aun cuando son extremadamente entusiastas por los cuentos fabulosos y de colorido local. Por último, gustan de ir, relativamente á los otros pueblos citados, vestidos.

Los isleños de las islas Sandwick, son ya más limpios, tanto que según Ellis, se lavan las manos sin distinción de sexos ni edades, antes y después de sus comidas. Cuando se les enseña á leer ó á contar, se les hace repetir lo que ya saben de memoria, no pueden hacerlo sino cantando y balanceándose, teniendo al efecto un tono para las palabras monosílabas

y otro para las disilabas, etc. Gustan de la poesía, pero sus obras, como las de los pueblos anteriores, se reducen á dos ó tres ideas que alternan, disponiéndolas con cierta sujeción á las leyes del ritmo y de la medida, y nada les parece tan admirable como sus obras poéticas. Como los fijienses, gustan de toda clase de cuentos maravillosos de los que tienen un gran número, representando los principales papeles los gigantes, semi-dioses, guerreros, etc. En general son narraciones míticas, pero sin que se pueda desgraciadamente precisar su antigüedad, aun cuando se transmiten de padre á hijo en los que tienen obligación de conservarlos, en sus bardos. Los sucesos modernos son igualmente tratados con la mayor atención.

Cooch y Ellis dicen de los tahitianos que son extremadamente limpios bañándose una ó dos veces al día. Poseen buen número de colores vegetales que emplean con buen gusto en pintar las prendas de su traje, en baños y utensilios; pero no muestran disposición natural

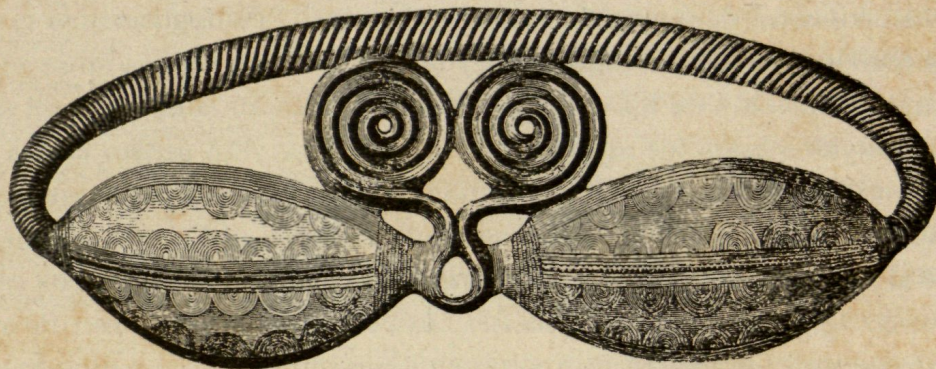


Fig. 93.—Fíbula escandinava de la edad de bronce.

para ninguna arte, aun cuando conocen en música la flauta, y tienen una cierta especie de dramas ó comedias, en cuya representación se solazan.

Pero de todos los pueblos más ínfimos de la tierra, el pueblo estético por excelencia es el tongano, aun cuando no se distingue por la práctica de arte alguna, pero sí por la delicadeza y cultura de su sentimiento. Esto declaran varios viajeros, entre ellos Erskine y Martín. Con esto dicho se está que son en sus personas muy limpios y aseados. Luego aman extraordinariamente las flores con las que cubren las sepulturas de sus jefes, y sienten la belleza de los países naturales de su tierra, que aman con pasión. Tanto que Martín afirma que sienten realmente la belleza y son capaces de distinguirla. Su pasión favorita es la música y los cuentos, en los que muestran su inventiva. En fin, como síntesis y conclusión de todo lo dicho, son los tonganos sumamente atentos y deferentes por el bello sexo, y esto explica la real y verdadera influencia que las mujeres tonganas tienen en su sociedad.

De los samoanos dice Erskine que en la limpieza y decencia de sus trajes igualan á los más fastidiosos de las naciones civilizadas; al efecto se bañan diariamente, y lavan de continuo su ropa que destruyen rápidamente, pues resulta que no saben lavarla sin echarla á perder, pero prefieren ir en andrajos á ir sucios. También los samoanos se lavan las manos después de comer. En lo que más se distinguen es en el canto, aun cuando la naturaleza de su voz no se preste al mismo, estando dotados de instintos musicales, pues saben guardar muy bien el tiempo.

Los nuevo-zelandeses no parecen tan aseados como los australianos, pero el proverbio nuevo-zelandés que Thomson nos ha dado á conocer, «de que no hay mujer para hombre sin jabon» nos muestra la estima que tienen para el aseo personal. Así son muy apasionados por el adorno de sus personas, y muestran una grande imaginación en la exornación ó pintura de su piel, pudiéndose asegurar que no existen dos personas que lleven pintados los mismos dibujos. Pero, ¡lo que son los gustos! nada hay tan feo para un neo-zelandés, ó para una neo-zelandesa, como el tener los labios rojos. Pero fuera de esto, en todos sus dibujos en los que las líneas curvas hacen el principal gasto, demuestran lo mismo en su combinación que en la armonía de sus colores, verdaderas cualidades artísticas y estéticas. Estas mismas cualidades dejan ver en la música: sus melodías son dulces y agradables, y saben cambiar de tono, aun cuando el número de éstos sea muy reducido. Por último, Haukesworth nota que las

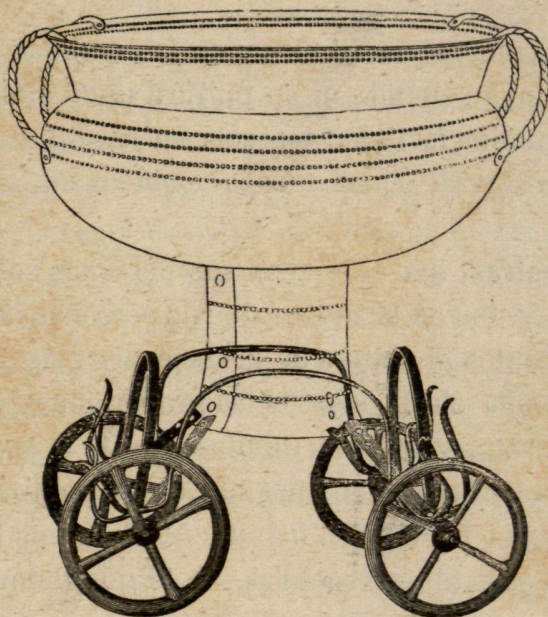


Fig. 94.—Carrillo para el servicio de la gran copa de los banquetes escandinavos.

mujeres son menos cuerdas que los hombres, y que tienen menos gusto que éstos en sus trajes, y esto que según afirma Thomson, á lo menos en las relaciones públicas y sociales, se muestran los neo-zelandeses muy deferentes con sus mujeres.

Bayle asegura que los dayaks son dignos de estima bajo todos conceptos, y que su aseo debe contarse entre sus virtudes. Pero Saint-John asegura que las mujeres son muy sucias, lo que no debe extrañarnos dada la posición que ocupa la dayak en la sociedad de su raza; y el mismo autor añade, que parece que carecen por completo del sentido del olfato, dadas las porquerías con que se alimentan.

No tienen afición alguna á la música; así cantan rara vez, y nunca en sus fiestas. Los cantos son monótonos y tristes.

Según el dicho de St. John, sienten admiración por los hombres que hablan mucho y bien.

Cail dice de los javaneses que pagan gran tributo á la limpieza, bañándose diariamente, y que este mismo aseo ponen en la preparación de sus comidas. Los hombres sucios ó andrajosos son objeto del ridículo.

Gustan de la pompa y del boato, y pocos pueblos, dice Raffles, muestran mayor gusto que ellos por la munificencia; así ponen especial cuidado en la decoración y ornamentación á fin de que todo presente un carácter solemne é imponente. Efecto sin duda de su raza, es el colmo de la belleza un rostro francamente amarillo, y sin duda por esto pintan sus rostros de este color, de la misma manera que nuestras damas lo pintan de blanco. Y sin duda alguna por la misma razón muestran su disgusto por los dientes blancos; diciendo que el hombre no debe parecerse á los perros ni á los monos, así por lo menos lo asegura Crawford. Sin embargo, conviene notar que los javaneses pasan hoy por un período de degeneración, por una crisis cuyos caracteres y circunstancias no explican los viajeros. Sólo Raffles nos ha puesto al tanto de este incidente haciéndonos saber que en el interior de la isla de Java los restos arquitectónicos y escultóricos de obras de pasados tiempos muestran los progresos realizados en otras edades por los javaneses: hoy por hoy la escultura es desconocida por los naturales del país.

Muestran empero buen gusto en sus dibujos y en la combinación de los colores, gustando igualmente de las flores, y aun cuando ni en pintura ni en dibujo han hecho progreso alguno, si se les pide demuestran su facilidad y gracia en los dibujos de imitación.

Sus danzas son graciosas, pero de su música nada dicen los autores consultados por Spencer.

Marsden dice de los sumatras, que si bien en sus personas son limpios, no lo son en sus vestidos que no lavan nunca, y que en el adorno de sus personas gustan y emplean mucho las flores, por lo que son muy atentos al cultivo de las especies más olorosas. Al revés de los javaneses que aun hoy tienen una cierta idea de las proporciones y de la perspectiva, los sumatras no saben aún qué es esto, y así, sus dibujos son de lo más estrambótico que darse pueda. Así aun cuando demuestran gusto é imaginación en punto á esculpir y grabar, lo grotesco de sus dibujos oscurece su facilidad ó habilidad. De la misma manera son diestros en el arte de trenzar la paja y demás fibras vegetales, en lo que demuestran gran paciencia obteniendo á veces buen precio sus obras de esta clase. Tienen gusto por la música, y poseen varios instrumentos, algunos de ellos de viento, pero á Marsden le parece visible en este punto la influencia de China.

Distínguense los malgachos por su aseo, que llevan hasta el punto de lavarse sus dientes con regularidad usando al efecto varias sustancias mineralógicas y botánicas del país. Este pueblo parece también atravesar un período de decadencia, á lo menos resulta estarlo en relación al siglo pasado. Gustan mucho del adorno: no sienten el dibujo, y de todas las artes sólo la música les arranca de su impasible indiferencia por las artes del lujo.

Lo que de los malayos dicen las notas de Marsden y Wallace recogidas por Spencer, hacen sólo referencia á su gusto por las letras. Es un pueblo literato, pues lee y escribe, haciendo uso de los caracteres árabes, y esto explica la poca originalidad de su estado de civilización, por lo que es poco interesante para nuestro estudio.

Si ahora queremos formarnos una rápida idea del estado de civilización de los pueblos de que acabamos de hablar, nada tan á propósito como decir lo que son sus casas, pues nada tan antiguo y general como el proverbio que dice que la casa hace el hombre y el hombre hace la casa. Así vemos que los fuegienos construyen sus chozas con ramas de árboles, cubriendo sus intersticios con ramillas y lodo de forma oval y de solos ocho pies ingleses de diámetro por cuatro ó cinco de alto, de modo que hay que estar siempre, una vez dentro de



ellas, á gachas ó tendido, pero aun en este caso muy encogido, pues en el centro de la choza y en un hoyo arde eternamente el fuego, que hace indispensable el extremado frío de aquella desolada tierra.

Las chozas de los andamanos, también de muy pequeñas dimensiones, pero en las que ya se puede estar de pie, son muy parecidas á las que nuestros agricultores del mediodía levantan en la época de la recolección de frutos para guardarlos interinamente. Los veddahs viven en chozas como las anteriores, de forma cónica ó cuadrada, en las grutas y hasta en las copas de los árboles. Esto último, á pesar de afirmarlo Prídham, Tennet, Bailez y Sirr, lo niega Baker. Las cabañas de los australianos son como las de los andamanos, y en rigor, habida consideración del clima, son como las de los fuegianos, pero de forma circular, de diez pies de diámetro y de cuatro á cuatro y medio de altura. Desde que están en inmediato contacto con los europeos construyen chozas aquí y allá más grandes y más altas, y aun las primeras capaces de resistir á los fuertes temporales de agua de sus inviernos, pero el tipo general y genuino del país es el primero. Los tasmanianos del interior y de las distintas montañas, no tenían por habitación más que las grutas naturales ó artificiales; los de la parte baja construían chozas análogas á las citadas, pero Dove nota la predilección que tenían al elegir sus campamentos, pues siempre aparecían sitios á orillas de un río ó de una laguna. Estos son los pueblos cuyas casas recuerdan mejor lo que la arqueología prehistórica nos ha enseñado, pues los demás pueblos antes citados construyen ya con mayor regularidad sus cabañas que agrupan dentro de un cercado formando pequeñas poblaciones, y luego tienen ya una distribución interior, y permiten estar dentro de ellas de pie. Este caso, empero, es excepcional; en general hay que estar de cuclillas dentro de ellas, y esto nos advierte que las puertas de entrada de las mismas sólo permiten paso arrastrándose; Thomson, que nos ha dado las medidas de una casa neo-zelandesa, les da un ancho de trece pies por quince de largo, su altura en el centro la fija en seis pies, y en los lados á cuatro. A la puerta le da dos pies y medio de alto por dos de ancho, y á las ventanas treinta pulgadas de ancho y de alto.

Si á esto se añade que la mayor parte de dichos pueblos andan desnudos, como queda ya indicado, y que las armas y utensilios de los fuegianos, andamanos, veddahs, australianos, tasmanianos, neo-caledonianos y demás pueblos citados, pertenecen todas á la edad de piedra, y que sólo se conocen los metales allí donde se han establecido misiones católicas ó protestantes, y aun para un reducido círculo, tendremos viva la imagen de esos pueblos prehistóricos, cuyo pasado nos ayudan á reconstruir con tanto provecho para el ulterior desenvolvimiento de la humanidad.

De su producción estética hemos dado ya algunas indicaciones, y la obra citada de Spencer es rica en detalles en este punto; pero Lubbock, que ha sistematizado la materia, merece aquí nuestra preferencia, y además, como la obra de tan reputado autor ha sido traducida al francés, creemos que llamar su atención acerca de ella es difundir una clase de estudios muy atrasados en España, cuando en ningún otro país debieran estar más difundidos, para arrancar de cuajo las seculares supersticiones de nuestro pueblo que, en particular en el interior de España, le tienen sumido en la miseria, en la ignorancia, y en el servilismo más espantoso.

Hemos visto ya la extremada afición de los salvajes para el adorno y atavío de sus personas y mobiliario, y hemos hecho igualmente notar que son los hombres y no las mujeres los que mejor se atavían; la razón la hemos dado, y Lubbock añade que bien puede atribuirse

el caso á que los hombres, como más fuertes, guardan para sí todo lo que les viene á mano. En tesis general, y conforme lo hemos visto,—excepción hecha de los fuegianos,—los salvajes del sud van desnudos y llenan de adornos su cuerpo, los del norte van vestidos.

«En suma, todas las razas salvajes que dejan al descubierto una gran parte de su cuerpo gustan pintarlo con los colores más brillantes. El negro, el blanco, el rojo y el amarillo son sus colores favoritos, ó tal vez son los que con mayor facilidad pueden procurarse. Los australianos de Botany-Bay, aun cuando sólo van semidesnudos, no por esto dejan de ornamentar sus cuerpos, que pintan con ocre roja, arcilla blanca y carbón: el rojo lo dan en grandes manchas, el blanco, por lo general, en bandas, y en el rostro en puntas, trazando por lo común de este color un círculo alrededor de cada ojo, completando el ornamento del rostro, un hueco que es como el dedo de un hombre con que se atraviesan el tabique ó membrana de la nariz... Además llevan collares de conchas, cortadas

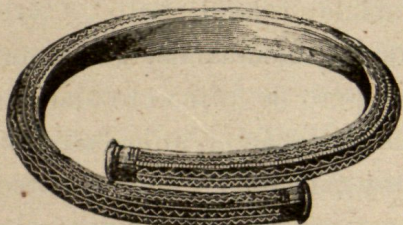


Fig. 95.—Brazalete.

y enfiladas con cierto gusto, pendientes y brazaletes hechos con delgadas fibras, y cinturones de trenzas de cabellos humanos. Algunos llevan una especie de corbatines formados con grandes conchas, que les caen hasta el pecho. Y todos tienen en grande estima todos sus adornos.»—¿No es de sentir, para nuestra historia, que Hawkerworth, á quien hemos citado más de una vez, y á quien copia Lubbock, no nos diga nada sobre las luchas de esos australianos para procurarse estos productos del lujo, y de la influencia de éstos sobre su moral y sus costumbres?

Como ejemplo de lo que es esa ornamentación del cuerpo de un salvaje cita Lubbock lo que Spix y Martin dicen de una mujer coroadá (Brasil). «En las mejillas, dicen, tenía un círculo, y encima de ese círculo dos rayas: encima de la nariz varias marcas á manera de M; y de los extremos de la boca al centro de la mejilla iban dos líneas paralelas, y por debajo de ellas, y á los dos lados, varias listas estrechas; debajo de los senos, entre ellos, en el pecho, varios segmentos de círculo unidos unos con

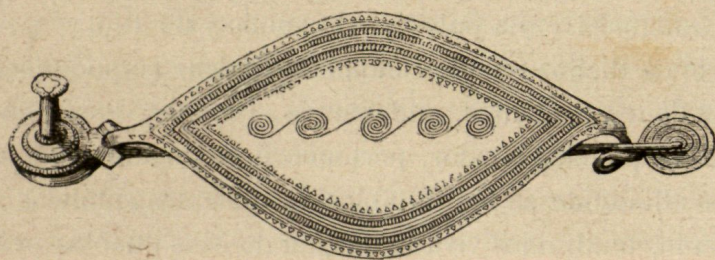


Fig. 96.—Fíbula de bronce.

otros; y en cada brazo trazada una serpiente. Esta belleza no llevaba por todo vestido más que un collar de dientes de mono.

»Llevan también los salvajes, collares, anillos, brazaletes, lo mismo que anillos alrededor de los tobillos, en los brazos y en las piernas, y hasta alrededor del cuerpo. Además llevan adornos de toda clase alrededor del mismo, de su cuello, de sus brazos y de sus piernas, de sus dedos, y hasta de los dedos de los pies. Por su número y por su peso estos adornos han de ser muy incómodos. Lichtenstein contó en la mujer de un betuán ochenta y dos anillos de cobre.

»Eso sí, la materia les importa por lo demás poco: cobre, latón ó hierro, cuero ó marfil, piedras, conchas, vidrio, pedazos de madera, granos ó dientes, todo les va bien. En la isla del Sudeste, una de las islas del archipiélago de la Lusiada, vió Mac Gillivray varios

brazales hechos con mandíbulas humanas, atravesados con un hueso de la clavícula; otros viajeros les han visto llevar con la mayor gravedad y orgullo los anillos de cobre de nuestras cortinas, y además fragmentos de cerraduras, tapas de latas de sardinas y otros objetos no menos extravagantes.

»Las señoras felahahs, pueblo de la Africa central, dice Liatard que las visitó, pasan varias horas en su tocador. Ya la víspera principian envolviéndose con sumo cuidado los dedos de las manos y de los pies con hojas de henneh, para encontrarlos á la mañana siguiente teñidos de un hermoso rojo de púrpura. Los dientes se los tiñen alternativamente de azul, amarillo y púrpura, dejando uno ó dos con su color natural para contraste. Además cuidan



Fig. 97.—Vaso de bronce.

con suma atención sus párpados, que tiñen con sulfuro de antimonio. Y además tiñen sus cabelleras de índigo, llevando gran profusión de botones y de otras frioleras.

»Pero, los salvajes no contentos con colgar alrededor de su cuello, brazos y piernas, toda clase de adornos, y en general de colgarlos donde quiera que la naturaleza les ofrece en su cuerpo sitio á propósito, perforan todavía su cuerpo para sobrecargarlo más.

»Los esquimales del Oeste del río Mackenzie, se abren en las mejillas dos grandes agujeros, uno de cada lado, cuyas aberturas van luego ensanchando gradualmente y en las cuales ponen por adorno una piedra, á manera de nuestros gemelos de los puños, y que por consiguiente podríamos llamar botones de las mejillas.

»La costumbre de llevar un pedazo de madera en la parte central del labio inferior, existe en una gran parte de la América occidental y en Africa. Al efecto se usa durante la

infancia un pequeño agujero, que luego va dilatándose por grados hasta alcanzar á veces dos pulgadas de ancho.

»Razas hay que dilatan el lóbulo de la oreja hasta tanto que alcanza la espalda; otros se liman los dientes de diversas maneras.»

Marsden dice, que entre los rejangs de Sumatra, «tienen los dos sexos la extraordinaria costumbre de limarse los dientes hasta hacerlos cambiar de forma; dientes que, á consecuencia de lo sencillo de su alimentación, son de una blancura admirable, y para nosotros realmente bellos. Al efecto emplean á manera de limas pequeñas piedras de amolar, de diferentes grados de finura, estando echado de espaldas el paciente mientras dura la operación. Muchos de ellos, y en particular las damas del país de Lampong, raspan sus dientes hasta el nivel de las encías; otras se las hacen cortar á manera de cuñas afiladas; en fin, se limitan á arrancarlas su esmalte para teñirlas más fácilmente de negro, color de moda para los dientes entre esos pueblos.

«En el *Thesaurus Cranioum*, pág. 289, se cita un cráneo de dyak que posee el doctor J. B. Davis, en el cual se ve que los dientes de delante fueron perforados con sumo esmero; habiéndose introducido dentro del agujero una espiga de metal que termina en una pequeña bola de latón. De lo que resultaba que el labio superior quedaba arremangado, dejando al descubierto las doradas bolitas de cada diente. Algunas tribus africanas se cortan también los dientes de diferentes maneras, y cada tribu tiene su moda particular.

»El punteado á tatuaje es casi universal entre los salvajes. En ciertos casos, cada individuo da rienda suelta á su imaginación; en otros casos, cada tribu tiene un dibujo especial. Así Burtón, al hablar de las de Abeokuta, dice en el tomo I, pág. 104, que son tan variadas las pinturas que le es muy difícil á un viajero darse cuenta de ellas. Su piel forma dibujos extraordinarios, desde la más pequeña picada á los grandes chirlos que se presentan á veces relevados como clavos. Los dichos dibujos representan ora tortugas ó cocodrilos, el lagarto que es su dibujo favorito, estrellas, ó círculos concéntricos, rombos, líneas rectas, cuñas, gotas de sangre cuajada, pedazos de carne en forma de cantillos, cicatrices prominentes, parecidas á grandes quemaduras que se abren para la introducción de talismanes destinados á expulsar los malos espíritus del cuerpo, etc. Cada país, cada tribu, cada sub-tribu, hasta cada familia tiene su blasón particular, que, por su infinita variedad, pueden compararse á los blasones europeos.»

»En la Africa meridional los nyambanas se distinguen por una línea de botones ó verrugas, por lo general del tamaño de un guisante, que va de la parte superior de la frente hasta la punta de la nariz. Entre los cafres bachapines, los que se han distinguido en un combate tienen derecho á abrirse una gran cicatriz en la pierna, que se hace indeleble y de color azul frotando la cicatriz, cuando aun está abierta, con cenizas.

»La señal distintiva de la tribu de los bunns—Africa,—dice la *Revista de la Sociedad etnográfica de Londres*, consiste en tres chirlos que, partiendo de la cúspide de la cabeza, desciende á lo largo de la cara hasta la boca: las costuras de la piel forman un relieve pronunciado. Se hace esta operación dolorosa cortando la piel, y sacando al efecto un pedazo de carne; luego se cubre la llaga con aceite de palma y cenizas, la que le da un relieve muy espeso.

»Los bournoueses de la Africa central, llevan veinte cotes ó líneas de cada lado de la cara: parten de los extremos de la boca y se dirigen hacia el extremo de la mandíbula inferior. También tienen un corte en medio de la frente, seis en cada brazo, seis en cada pierna,

cuatro en cada seno, y nueve á cada costado, hasta llegar á los muslos. Es decir, que en total llevan 91 grandes cicatrices, á pesar, según se dice, de lo dolorosa que es tal operación á causa del calor y de las moscas.»

Quien desee más casos de tatuaje, puede consultar lo que á continuación de lo copiado dice Lubbock á propósito de los ostiakes, tuskis, neo-guineos, tannas, tinganas, carolinos y neo-zelandeses. De éstos ya hemos dicho que son los que presentan el arte en todo su superior desarrollo, y los adjuntos grabados demostrarán lo poco exagerados que son los elogios que se han hecho de sus elegantes combinaciones curvilíneas, en las que no puede negarse que hay buen gusto, y hasta conocimiento de las exigencias del rostro humano para esa clase de ornamentos.

»También varía mucho el peinado entre las diferentes razas. Algunos se cortan el pelo á rape, otros sólo guardan algunos cabellos en la coronilla, el cafre lleva sólo una estrecha corona de cabello; el indio de la América del Norte mira como cuestión de honor conservar un mechón de cabellos, para el caso que tenga la desgracia de ser vencido; pues de otra manera sería privar al vencedor del escalpo, emblema de la victoria.

»Los insulares del estrecho de Torres se hacen largos rizos con los que vienen á formarse una especie de peluca. Algunos se rapan la cabeza, y no conservan más que una lista de cabellos. Otros, como los indígenas del cabo York, llevan siempre los cabellos cortos.

»Los insulares de Viti, prestan mucha atención y tiempo á su cabellera, como de ello nos convencen los variados peinados de las figuras de Lubbock. La mayor parte de los jefes tienen un peluquero especial á quien consagran por lo general varias horas del día. Sus peinados tienen á menudo tres pies de circunferencia, y Mr. Williams midió uno que tenía cerca de cinco pies de ruedo. Eso les obliga á emplear para dormir almohadas de madera, en las cuales descansa su cuello, lo que debe ser poco comfortable. Se tiñen también los cabellos: el negro es su color favorito, pero algunos prefieren el blanco, otros el amarillo de hilaza, y otros, en fin, el rojo brillante.

»Y añade Mr. Williams, uno lleva todos sus cabellos á una misma altura, pero un tercio de ellos es por delante de color de ceniza ó de arena, y el resto enteramente negro; las dos tintas están perfectamente separadas. Muchos de ellos son de formas tan grotescas que se diría que no tienen otro objeto que el de excitar la risa. Uno de ellos un gran nudó de cabellos de un rojo vivo á la coronilla, y el resto rapado hasta el extremo. Otro lleva los cabellos cortos, salvo tres ó cuatro pequeños mechones, donde los cabellos son rectos, tanto que se diría que se han hecho plantar pinceles en la cabeza. Un tercero lleva la cabeza á rape con sólo dos mechones en las sienes. A menudo dejan caer de la sien derecha, uno, dos ó tres cordones de cabellos retorcidos de un pie ó dieciocho pulgadas de largo. Otros llevan un gran número de cordones de una á otra oreja, de suerte que forman una especie de red delante del cuello. Una moda que necesita muchos cuidados, consiste en dividir los cabellos en mechones, radiando alrededor de la cabeza. Cada mecha forma un cono perfecto, de cerca siete pulgadas de longitud, con su base en el exterior, de tal manera que la cabeza está cubierta de un gran número de pequeños círculos, con el extremo de cada mechón vuelto hacia el centro (1).»

Esto que aquí acabamos de leer de los salvajes de las islas Viti, lo hallaremos reprodu-

(1) LUBBOCK.—*Les origines de la civilisation*, etc., págs. 51 á 65.

cido en tiempos casi contemporáneos, pues los peinados del siglo pasado dan quince y raya á los peinados de los salvajes de Viti. Y en cuanto á las almohadas de madera que en tan alto grado llamaron la atención de Mr. Williams, también las han conocido los pueblos históricos, y en el Egipto aparecerán producidas por análogas circunstancias, explicándonos con la presencia de las enormes pelucas que usaban los egipcios, la procedencia y origen de éstas que hasta hoy habían sido un enigma para los arqueólogos, y que continuarán siéndolo, si éstos no procuran estudiar las artes, los usos y las costumbres de los pueblos primitivos con el criterio con que han estudiado las de éstos Darwin, Lubbock y Spencer.

Ahora bien, «el lujo salvaje obedece á las mismas inspiraciones, iba á decir á las mismas leyes que el lujo civilizado. Para el aderezo hay pocas formas de las que no ofrezca el germen y á menudo la exageración. En cuanto á los móviles de donde nace ese lujo de aderezo, la identidad que ofrecen los nuestros no es menos manifiesta. Así, pues, está fuera

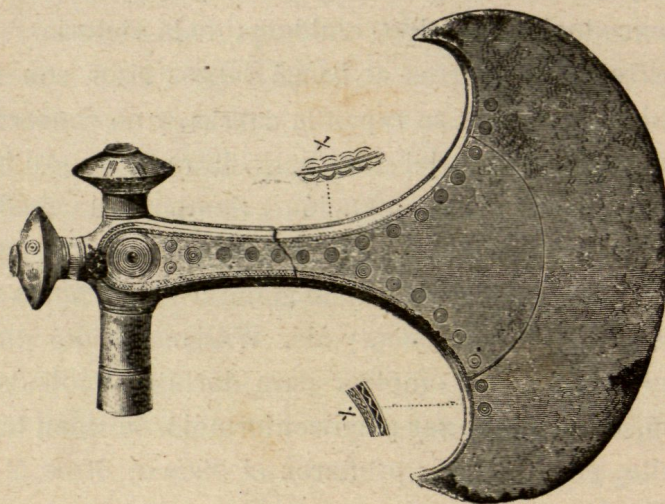


Fig. 98.—Hacha de bronce escandinava.

de duda, que el salvaje no cede sólo á la sencilla y beata vanidad que parece el principal carácter de sus fastuosos gustos, sino que en él pone, como en las necesidades más avanzadas, un cálculo político; pues intenta ya señalar la jerarquía por el traje, y en defecto de vestido, por los adornos de la piel, muy variados según el rango. Un tatuaje más completo y figurando con arte diversos objetos, impresos por medio de una operación dolorosa, es una distinción aristocrática. Los jefes nobles de la isla de Nouka-Hiva, aparecen cubiertos de una zamarra de diferentes telas, ó de una cota de mallas decorada de preciosas cinceladuras: la clase inferior está punteada con menos cuidado, y las más bajas no lo están. Tal mujer de elevado rango en el archipiélago de Sandwich, enseñará con orgullo un damero perfectamente punteado en su pierna derecha, ó la palma de la mano salpicada de estrellas, de anillos, de medias lunas, y de otras figuras. Esos adornos, trazados en la piel humana como si se tratase de una tela viva, ¿no recuerdan esa moda del siglo xiv de ciertas personas de la nobleza, cuyo traje de seda reproducía su blasón? En ciertas tribus guerreras, los guerreros llevan pintada en su piel la historia de sus proezas. Escenas de batallas incrustadas en su carne, se destacan de ella en sangrientos caracteres mejor que no del bronce y del mármol.

»Los signos aristocráticos, á falta de oro y de plata, podrán por lo demás fijarse en los más viles materiales. Prefieren los salvajes el brillo del cobre, la belleza del marfil, los variados colores de las conchas, la transparencia del vidrio, pero se contentan de la madera, de los granos, de los huesos, del latón, de la piedra, y hasta de las tapas de las cajas de conservas y de pedazos de cerraduras. Es decir que buscan de preferencia *lo que distingue ó lo que brille*.

»No es este solo el rasgo que tienen de común con nosotros. La diferencia que entre los pueblos civilizados se nota entre los hombres y las mujeres, todavía más dominadas que ellos por la pasión del aderezo, resulta sobrado de la naturaleza de los sexos para no existir en esos pueblos primitivos. Sólo que es más grande, como sucede en todos los pueblos toscos, donde la mujer se encuentra en un estado de inferioridad; mas no por esto se mani-



Fig. 99.—Vaso de vidrio de la edad de los metales.

fiesta por medio de ejemplos no menos frecuentes.»—Y para demostrarlo cita el caso del cuidado que en su aderezo ponen las mujeres felahahs. Luego continúa diciendo:

«Me parece que algunos de sus rasgos dan motivo á serias reflexiones, pues desde luego absuelven á la civilización de haber inventado el lujo de las mujeres y ciertas formas particulares de ese lujo. Las mujeres salvajes no se acicalan menos de lo que lo hacían las romanas de la decadencia.» Y como ejemplo de ello cita los peinados de los salvajes de las islas Vitu, cuyos peinados no puede menos de comparar con los de las épocas de Luis XIV y Luis XV; y luego otros y otros ejemplos ya citados por nosotros, y acaba diciendo:

«¿Extenderemos, en fin, el nombre de lujo y de fausto á ese refinamiento de la urbanidad, y á esta pompa de las maneras y de las formas, destinadas á rendir homenaje á los superiores y á señalar el grado de honor que los hombres se conceden mutuamente? ¡Pues cuán lejos están los salvajes de carecer de él! Conste que conocen la *etiqueta*, y que algunas veces la exageran. Los saludos, las ceremonias, y como en ciertas tribus, en Australia por ejemplo, la costumbre de hablar en tercera persona en señal de respeto, se practican ni más ni menos como en pueblos civilizados. Entre los eghas, raza negra del Africa occi-

dental, hay fórmulas mitigadas hasta lo infinito para pedirse pura y simplemente noticias de su bienestar (1); la prosternación es de rigor delante de los superiores en la tribu y hasta en la familia; más aún, reviste formas graduales y muy diversas, desde la actitud, como se dice vulgarmente, *á cuatro patas*, hasta aquella en que el vientre toca al suelo; ora el que se entrega á tales señales de respeto guarda un profundo silencio, ora principia por palmotear ó por hacer sonar los dedos. Esto se repite, dice un viajero, cada vez que dos amigos se hallan y entablan conversación, lo que se lleva por lo menos una hora cada día.

Entre las demostraciones del lujo primitivo figuran también las fiestas. Entre ellas se cuentan las que se celebran á propósito del matrimonio. En las tribus indias en particular, la pareja nupcial se presenta adornada con lo que de más bello tiene en punto á plumas, collares, pieles, y de lo que más brilla en punto á colores. Con esta ocasión se celebran juegos, danzas, pantomimas ingeniosísimas y muy expresivas. En la comida reina la profusión de platos, figurando también los platos raros. A la caza, á la carne asada, al pescado, á la cañaheja y á los frutos de la estación, se unen los bizcochos de maíz, y las bebidas que sólo se usan en los días de ceremonia. En grandes calabazas se bebe el jugo del acer ó del zumaque, y en pequeñas tazas de haya una preparación de carina, bebida caliente que se sirve á manera de café. Los regalos que se hacen á la novia, forman una curiosa mezcla de cosas de recreo, de objetos de tocador, y de utensilios que le recuerdan las serias ocupaciones de la casa. Los presentes del marido y de la familia forman un traje completo; el corpiño de corteza de moral, y el corsé de lo mismo, la manta de plumas de pájaros ó de pieles de marta, las moccassinas (zapatos) bordadas con pelos de erizo, los brazaletes de concha, los anillos y las perlas para la nariz y para las orejas. En esos vestidos se mezclan una cuna de junco, un pedazo de agevisco, pedernales para encender fuego, una caldera para cocer la carne, el collar de cuero para llevar los fardos, y la leña ó tronco para la chimenea.

»La costumbre de solemnizar ciertas épocas del año, se encuentra en esos pueblos primitivos. La fiesta de un fuego nuevo, especie de jubileo en honor del sol, en la época de la cosecha, es la ocasión elegida para renovar el mobiliario de la casa y los vestidos de la familia. Un pregonero público, en la tribu de los Natchez, que sin duda no es la única en ofrecer esta particularidad, recorre los pueblos anunciando la ceremonia al sonido de un caracol marino, diciendo estas palabras:—«Que cada familia prepare vasos y vestidos que no se hayan nunca usado ni llevado: que los malhechores vuelvan: los sachems olvidan sus crímenes.» A la fiesta celebrada en la gran cabaña en honor del sol precedían las purificaciones. El suelo y las paredes interiores del templo estaban cubiertas de esteras finas pintadas, y exornadas con diferentes jeroglíficos. Era ésta una tierna ceremonia, en la que el mundo vegetal ofrecía sus primicias. Por la noche la llanura resplandecía con la llama de

(1) Véase lo que decimos en la *Introducción* acerca de la influencia de las maneras en el lujo. Hemos dudado más de una vez sobre si debíamos hablar del lujo de los cumplidos, y si no hemos introducido este capítulo en nuestra obra, confesamos que han sido las reservas de M. Baudrillart las que nos han retenido. Quien desee imponerse en esta parte, lea los *Principios de sociología* de H. Spencer, ó la *Sociología descriptiva*, y hallará cuanto pueda desear para convencerse de la íntima relación en que están el lujo, la moda y las maneras. Pero lo que no se hallará en la obra de Mr. H. Spencer, y que nosotros creemos conveniente señalar á la atención de los sociólogos, es lo que nos enseña la lengua vasca á este propósito.

Ya hemos dicho que la lengua vasca guarda indelebles señales de la época en que esta lengua dejó de perfeccionarse ó de desarrollarse, y que esta época corresponde á la edad de piedra. Ahora bien, el vasco conserva vivas aún en su famoso verbo esas pulidas maneras de hablar, que han revelado los eghas, por aquello de que los hombres vamos siempre á buscar lejos lo que más cerca tenemos.



las fogatas; y de todas partes se oían los sonidos del tamborino y del caramillo, mezclados con los gritos de los que bailaban en medio de los aplausos de la multitud. Imagen y principio de un lujo público que no carecía de nobleza, que parece tomar un carácter más político en las deliberaciones del consejo de la tribu, donde se despliega un extravagante, pero grandioso aparato. Chateaubriand nos pinta á los miembros del Consejo sentados ó tirados por el suelo en las actitudes más diferentes, unos enteramente desnudos sin más que una piel de búfalo para envolverse; otros punturados de pies á cabeza, semejantes á estatuas egipcias; otros mezclando los adornos europeos con los adornos salvajes, esto es, plumas, picos de aves, gorras de oro, cuernos de búfalo, huesos de castor, ó dientes de peces. Sus rostros estaban pintados de diferentes colores, ora de blanco ó de negro. Entre los muscocalgas, había una sala del Consejo decorada con un cierto lujo; contenía copas, objetos tallados, el estandarte nacional formado por una cola de águila, y toda clase de pinturas jeroglíficas. Esos objetos sólo adornaban los puntos de reunión, pues la casa apenas si la adornan algunas esteras; nada en ellas que se pueda comparar con la tienda del árabe nómada, donde al lado de una profunda miseria se encuentran los tapices de Persia y de Bagdad, y algunas de esas brillantes telas que busca el gusto de los pueblos meridionales.»

El lujo existe, pues, en la sociedad primitiva muerta y viviente, ofreciéndose á nuestra consideración con los mismos caracteres con que se da el lujo entre los pueblos más civilizados. Aparece como necesario en la tienda del árabe nómada, lo mismo que en la choza del fuegiano, que se mueren literalmente de hambre; existe en las familias y en la tribu, existe en suma donde quiera que hallamos el hombre. Hecha esta demostración, tocando y palpando los objetos del lujo de la época prehistórica, presentes á nuestra vista los de las sociedades primitivas contemporáneas, ¿éstas, ya que no aquéllas, nos revelan por ventura las consecuencias del lujo entre los pueblos primitivos? ¿Lo que hoy condenamos en nombre de la moral y de las buenas costumbres, y de la seguridad y tranquilidad de las familias, y de la virtud inocente expuesta á todas sus seducciones, todo esto vivía, era conocido, sentido y temido en las sociedades primitivas? ¿Todo esto es conocido, sentido y temido en la sociedad salvaje?

Acerca del empleo del lujo como medio de corrupción, dice M. Baudrillart, que: — «La idea de emplear el lujo para civilizar á los hombres, no vale mucho más que el empleo de los medios violentos para convertirlos. Si en ese último caso, no se consiguen más que actos de hipocresía y sacrilegios, en el primero no se consigue otra cosa más que inculcar en los vencidos los vicios de los vencedores, que á su vez han acabado por corromperse del todo. La aproximación del salvaje y del hombre civilizado, no había sido en suma más que la aproximación de dos corrupciones. Apenas si se citan algunas excepciones, las más, poco durables, como la tentativa hecha en el Paraguay por los jesuitas para llevar á estas tribus á un estado al cual por otra parte no se puede dar el nombre de civilización sino por cortesía. ¿Puede darse más extraña civilización que la de un pueblo obedeciendo como los colegiales al toque de campana para todos los usos de la vida? Pero ¿qué diremos de esta otra propaganda de la civilización, que consiste en seducir á esos miserables seres por medio de los incentivos más provocativos, para exterminarlos luego por medio del hambre ó del fuego? El rasgo esencial de esta propaganda, que tan hermosos pretextos invoca para servir de velo á la cupidez, ha sido la introducción del pernicioso superfluo entre hombres que por desgracia sentían sobrada inclinación á recibirlo y á aumentarlo. No se declama ciertamente afir-

mando que el hombre civilizado se ha hecho el demonio tentador de esas tribus salvajes bajo todas las latitudes y particularmente en América, donde los indios se distinguían por algunas cualidades reales. El europeo civilizado ha hecho brillar á los ojos del salvaje los chirimbolos que constituyen las delicias de su vanidad nativa. Le ha presentado los licores embriagadores, y más de una vez le ha arrancado su necesario en cambio de objetos de poco valor, pero de un precio infinito para el amor propio estúpido que gusta de adornarse con ellos, ó para la sensualidad brutal que en ello halla una excitación agradable.

»Ante todo digamos algunas palabras de los llamamientos dirigidos al instinto de coquetería. Lo resplandeciente y la vidriería forman casi por entero el fondo de ese comercio de

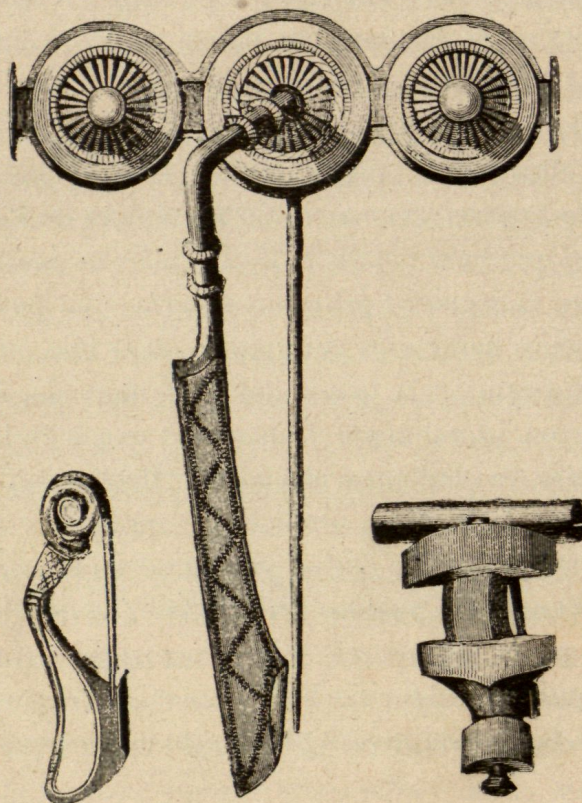


Fig. 100.—Fíbula de bronce.

lujo, que seduce á los hombres, y tienta el sexo femenino con el mismo irresistible atractivo que ejerce entre las muchachas de nuestras clases bajas. ¡Cuántas veces, debajo esos árboles más que seculares, que no despiertan más que graves y solemnes pensamientos, no se han desarrollado escenas de seducción, en las que la coquetería cedía al apetito de los adornos! La depravación de la mujer por el lujo del adorno, esta tentación que siente la joven romana á la vista del brazalete, precio de la traición, es un hecho que pertenece á todos los periodos de la historia de las sociedades. La leyenda se ha apoderado de ella, hasta entre los salvajes. Rueda de boca en boca por medio de relaciones, de cantos, de elegías tan extrañas como poéticas, que cuentan esas lamentables caídas y que ponen al descubierto los misterios de una corrupción venal y de una pasión desenfrenada.

»Tal es la canción de la *Carne blanca*, que cantan las muscocalgas, canción sin duda algo arreglada, pero cuyo fondo y ciertos detalles llevan el sello característico de la verdad. La «Carne blanca» alude á una joven americana de Virginia. La «Carne blanca», según la canción, era rica, poseía telas azules, pólvora, armas y veneno francés (aguardiente). Vió á

Tibeïma, y esta pintada joven se dejó amar. La insaciable *ikonessen* (cortesana) disipó las riquezas del hombre blanco y le fué infiel. Lo supo, pero no dejó de amarle; iba de puerta en puerta mendigando granos de maíz para alimentar á Tibeïma, y cuando podía obtener un poco de fuego líquido (aguardiente) lo bebía para olvidar su dolor.

»Amando siempre á la *ikonessen*, siempre engañado por ella, la pobre «Carne blanca» perdió el juicio y escapó á los bosques. El padre de la muchacha pintada, un ilustre *sachen*, le reprendió; pero el corazón de una mujer que deja de amar, dice la canción, es más duro que el fruto del papayo. El hombre blanco regresó á su cabaña: iba desnudo y llevaba una

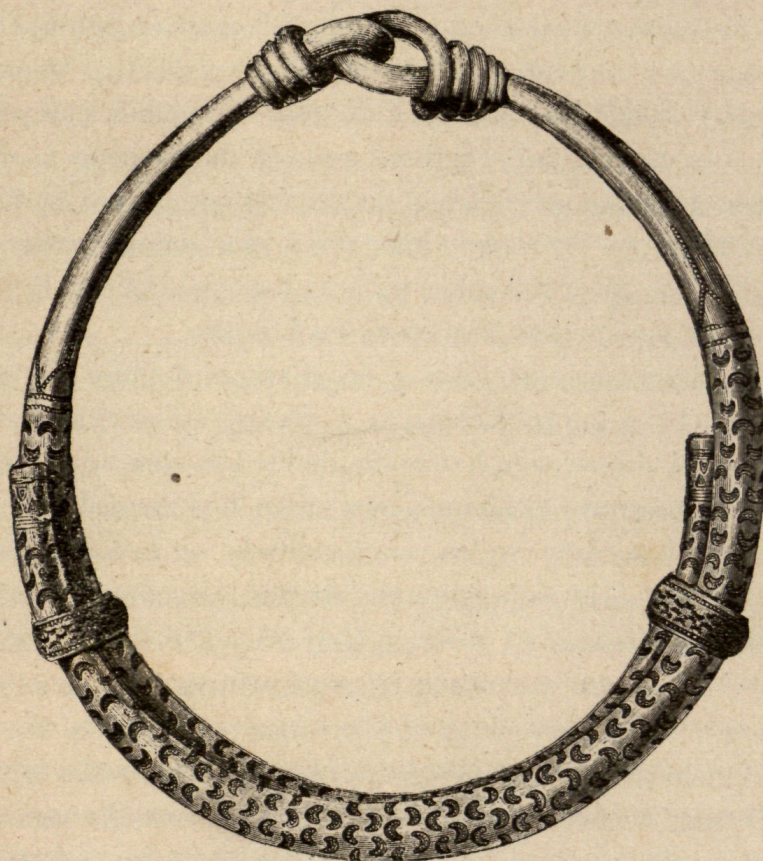


Fig. 101.—Torques de oro escandinavo.

larga y erizada barba; sus ojos estaban hundidos; sus labios eran pálidos, y se sentó sobre una estera para pedir hospitalidad en su propia cabaña. Como era loco, se creía un niño, y tomaba á Tibeïma por madre. Tibeïma, que había encontrado riquezas con otro guerrero, tuvo horror de aquel á quien había amado; así es que le echó. La «Carne blanca» se sentó sobre un montón de hojas y murió. Tibeïma falleció también muy pronto. Cuando Siminole pregunta cuáles son las ruinas de esta cabaña cubierta de grandes yerbas, nadie le responde.

»¿No tenemos aquí, en el seno de la vida salvaje, y bajo los rasgos de esta «estatua de carne» del bosque, la leyenda del lujo seductor de la mujer, de la ávida cortesana, pródiga é insaciable? El castigo de aquel que se sirvió del oro y de las telas azules, como de un medio de seducción, completa, sin duda, la lección. Nada falta en ella, ni siquiera el desprecio de la mujer honrada por la mujer salvaje, que sucumbe á su apetito por el lujo extranjero.

»Tocqueville, en su libro sobre *La Democracia en América*, tomo II, capítulo X, nos habla también del lujo empleado por los blancos como motivo de seducción. Utilízase para

decidir á los indios á que abandonen su deseado país á la población europea emigrante, á medida que se van estrechando cada vez más de cerca las comarcas ocupadas por las tribus. El gobierno de los Estados-Unidos envía á las tribus una solemne embajada, invitándoles á reunirse con los blancos en una gran llanura, donde todos comen y beben juntos. Después de hacer presente á los indios que más lejos existían otras tierras más abundantes en caza que aquellas en las que vivían, se exponen á su vista armas de fuego, vestidos de lana, barricas de aguardiente, collares de cuentas de vidrio, brazaletes de estaño, pendientes y espejos. Es de esta suerte como los americanos adquieren á vil precio provincias enteras que no hubiesen podido pagar los más ricos soberanos.

»Lo que parece no menos curioso es ver la misma *cuestión* del lujo puesta á discusión entre los salvajes americanos, dividiendo igualmente los espíritus. Unos, es la escuela del pasado, quieren que se resista á las invasiones de esas novedades y de esos nuevos refinamientos. Los otros, es la escuela del progreso, quieren que se ceda á ellos. Existen viejos guerreros que no cesan de declamar contra la degradación de las costumbres antiguas: según ellos, los salvajes no deben su *decadencia* más que á esas innovaciones, y no podrán recobrar su gloria y poderío mas que volviendo á las antiguas costumbres. El *antiguo buen tiempo* es célebre, y lo echan de menos esos Nestors de los bosques.

»Entre las dispendiosas consumaciones y los placeres del lujo que disminuyen ese necesario del salvaje, reducido á tan poca costa, es necesario colocar también el juego, llevado á menudo hasta el frenesí. Robertson, hablando de los salvajes de la América nuevamente descubierta, dice que se juegan sus mantos, sus utensilios domésticos, sus vestidos y sus armas. Cuando todo estaba perdido, se les veía á menudo, en la locura de la desesperación, ó de la esperanza, arriesgar á un solo golpe su libertad personal, á pesar de su extremada pasión por la independencia.»

Resulta, pues, que:—«Lo que constituye el rasgo principal de ese superfluo abusivo, es el abuso de las bebidas espirituosas de que nos hemos constituido los imputadores. Pero esto no quiere decir que hayan sido los europeos quienes hayan hecho nacer ese gusto, como no han sido ellos quienes han desarrollado el gusto del aderezo. La necesidad de excitantes es universal, y procura satisfacerse á toda costa. Las preparaciones fermentadas son comunes entre un gran número de pueblos salvajes. Los de las tribus americanas, que ignoraban el secreto de dar á los licores una fuerza embriagadora por medio de la fermentación, habían obtenido el mismo efecto por otros medios. Los isleños, los de California y del Norte, poseían el arte de embriagarse con el humo del tabaco, que hacían pasar por medio de un cierto instrumento por sus narices: los vapores, al subir al cerebro, excitaban todos los movimientos y todos los transportes de la embriaguez. En casi todas las otras partes del Nuevo Mundo poseían los naturales el arte de extraer un licor embriagador del maíz y de la raíz del manive, es decir, de las mismas materias vegetales de donde sacaban su pan.

»Pero no por esto deja de ser menos cierto que esta fiebre de la habitual intemperancia ha sido encendida por ese «fuego líquido» que en tan grande dosis encierra la temible propiedad embriagadora. Gracias á nosotros, el alcoholismo ha infestado á los salvajes tal vez menos degradados que los pueblos civilizados que al mismo se entregan. Más de una vez se ha trazado un injurioso paralelo entre ciertos trabajadores embrutecidos de nuestros campos y ciudades, para dar la preferencia al primero. Voltaire quiere que también se llame salvajes á esos «rústicos que viven en sus cabañas con sus hijos y animales, expuestos sin cesar

á la intemperie de todas las estaciones, no conociendo más tierra que la que los alimenta y el mercado á donde van de vez en cuando á vender una parte de sus comestibles para comprar algunos trajes burdos, y hablando una lengua que no entienden los de las ciudades; teniendo pocas ideas y por consiguiente pocas expresiones, etc.» Y pone por encima de ellos á los salvajes de América que «conocían el honor, del que no han oído hablar nunca los salvajes de Europa, que tienen una patria, la aman, la defienden, celebran tratados, se batan con encarnizamiento y á menudo hablan con una energía heroica.

» Un escritor más moderno, aplicando lo que el autor del *Ensayo sobre las costumbres* dice de los toscos campesinos de su tiempo á ciertos obreros de las ciudades, Lemontey, escribe lo siguiente:—«El salvaje que disputa su vida á los elementos y subsiste de los productos de su pesca ó de su caza, es un compuesto de fuerza y de ingenio, lleno de sentido y de imaginación.» Y pinta al obrero, «agente de un trabajo dividido, participando de la naturaleza de las máquinas en medio de las que vive, no siendo él mismo más que un accesorio, y no teniendo, si se les separa de ellas, ni capacidades, ni medios de existencia.» «Es,» añade á propósito de ese obrero, «un triste testimonio que cada uno puede darse de no haber levantado jamás más que una sopapa, ó no haber hecho jamás otra cosa que la décima octava parte de un alfiler..... La falta de toda idea, la inexperiencia de toda combinación, constituyen un estado muy próximo de la estupidez.» No examinaremos lo que puede haber de verdadero, y lo que hay de exagerado y de falso en tal paralelo. ¿Pero el obrero embrutecido por el alcoholismo no justifica lo que se ha escrito en términos sobrado generales acerca de la inferioridad de ciertas poblaciones obreras? ¿No cae, si ha recibido las nociones del cristianismo, de más alto que el pobre salvaje? ¿No se expone á caer también más bajo si sacrifica hasta el pan de su mujer y de su hijo á ese vicio que altera sus órganos, que mata su corazón, que destruye su inteligencia? La miseria, la enfermedad, los vicios, el crimen, salen de ella como una fuente inagotable.

» Por otra parte es necesario que el mal sea grave para que en pueblos que apenas si han pasado del estado salvaje haya podido elevarse lo que es necesario llamar la «cuestión» del mal lujo, del exceso deletéreo y ruinoso de los licores embriagadores. En países donde existe una especie de gobierno regular, se ha presentado en efecto esta cuestión práctica, á saber, si no era conveniente poner á ella obstáculo. Aludimos á esos pueblos de las islas de la Sociedad, á esos estados de Taïti que tanto dieron que hablar en Francia en 1844, con motivo del famoso incidente relativo al inglés Pritchard. Esos pueblos son semi-salvajes: su cristianismo, aun cuando muy alterado por las prácticas del antiguo fetichismo, se levanta, sin embargo, por encima de esa antigua idolatría de una manera temible. Se ha visto, hace poco más de medio siglo, á los taítianos, arrastrados por su piadoso deseo de conversión, ofrecer bambús llenos de aceite de coco á los misioneros ingleses para obtener el Evangelio de San Lucas, traducido en taítiano. Por desgracia los malos instintos fueron á menudo más fuertes. El mismo viejo rey Pomaré, el padre de la reina de este mismo nombre y que acaba de fallecer, había dado el ejemplo de una escandalosa mezcla de religión y de intemperancia. Tan borracho como el que más de sus súbditos, no renunció ni á sus creencias, ni á su vicio. Beber y traducir las Escrituras, tales fueron sus ideas fijas; y las conciliaba lo mejor que podía. Cada mañana se marchaba á su pequeño quiosco, situado en la isla de Motón-Ta, con su *Biblia* debajo el brazo y su botella de ron á la mano, permaneciendo en él horas tras horas, y á veces días enteros. Esos excesos destruyeron su salud; principió por perder

la razón y luego perdió la vida, que se extinguió hacia últimos de 1821. La reciente historia de los taítianos prueba en demasía lo que hemos dicho de las dificultades tal vez insuperables que las naturalezas salvajes oponen á la verdadera civilización. Parece cierto que las barricas de aguardiente de los misioneros han por lo menos contrabalanceado el éxito de sus *Biblias*. Nada de aperturas de su parlamento sin banquetes; el tocino y la carne de pluma hacen sobre todo el gasto, y sin hablar de los garrafones llenos de agua de coco, se consumía una respetable cantidad de ron. Pero esas libaciones públicas no eran nada al lado de las que no han dejado de hacerse en particular. Así se vió á la corte de Pomaré convertirse en una escuela

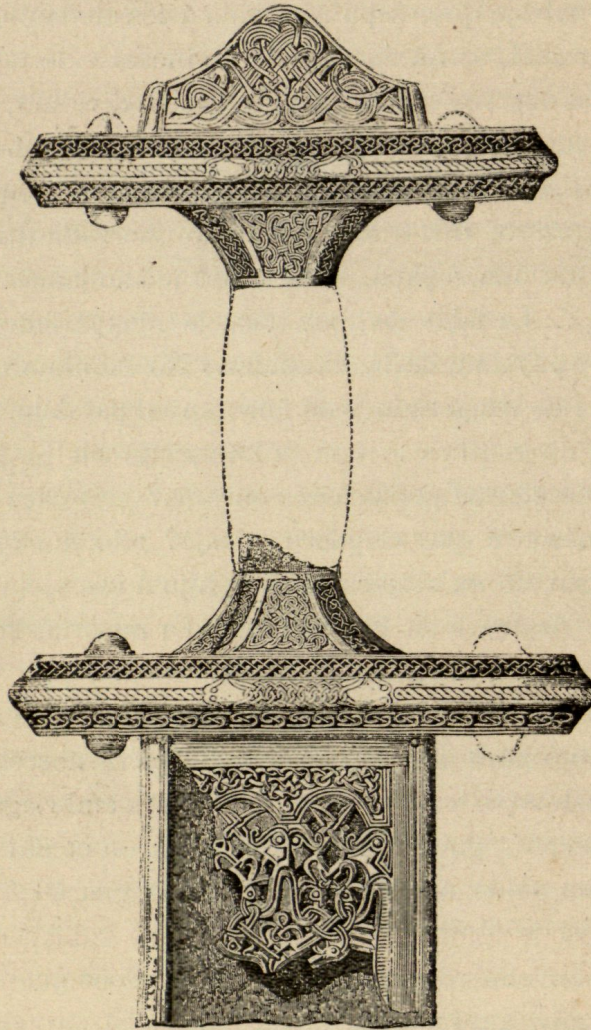


Fig. 102.—Espada de bronce sueca.

de disolución. Las danzas más libres, las ceremonias más lujuriosas, los cantos más voluptuosos se daban libre carrera, á pesar de las amonestaciones de los misionistas. Una herejía que por encima de todo tenía por pretexto el establecimiento de la poligamia por medio de los ejemplos de Salomón, acabó de enervar el freno religioso ya de suyo sobrado débil.

»Creciendo el mal, ciertos intentos de reforma se manifestaron en el parlamento, donde los diferentes distritos de esas islas envían sus diputados. La Asamblea adoptó una ley para restringir el abuso de los licores fuertes, reglamentando su comercio. Los escándalos de las visitas hechas por las mujeres á bordo de los buques extranjeros fueron denunciados. Los gastos lujosos no fueron menos claramente señalados por los oradores. Uno de ellos declaró

que «los taítianos recorrían ciegamente los almacenes, dejándose tentar por las más hermosas telas ó por otros objetos que excitaban su codicia, y que, cuando no tenían dinero, compraban muchas veces á crédito, etc.»

»Pero nada debía provocar tantas tempestades como las discusiones relativas al sostenimiento de la ley sobre las bebidas espirituosas, dividiendo los campos en dos sistemas, preventivo el uno, y favorable el otro á la libertad absoluta. Una petición, dirigida en 1851 á la Asamblea taítiana, había pedido que la ley que regulaba la venta y uso de todas las bebidas, cuya venta no pertenecía más que á los extranjeros, fuese abrogada y reemplazada por una libertad completa. Uno de los oradores combatió con una especie de elocuencia llena de energia dicha proposición, fundándose en que los extranjeros que tienen ó venden aguardiente á su manera, usan de las bebidas espirituosas con moderación, mientras que los taítianos no dejaban de abusar jamás de ellas. «Un taítiano que posee una botella de aguardiente, decía, la bebe hasta apurar la última gota. Por lo contrario, un extranjero no bebe más que una pequeña copa; y consume en un mes, lo que nosotros sorbemos en una hora.» Otro orador, enemigo de toda medida preventiva, invocaba la libertad natural del hombre que le permite emborracharse sin que el legislador tenga que ver nada en ello. Por ridículas que puedan parecer tales discusiones en un parlamento de salvajes, tienen su lado serio, pues ponen, por decirlo así, hasta en las sociedades nacientes, esta cuestión de los abusos del lujo y del superfluo de todo género, que á contar de las leyes suntuarias de la antigüedad y de tiempos menos lejanos de nosotros, hasta nuestros recientes debates parlamentarios sobre las tabernas y la supresión de la embriaguez, han ocupado tanto á los legisladores.

»Hemos caracterizado lo que hemos llamado el lujo primitivo en los pueblos que vivieron en las épocas prehistóricas ó que aun hoy día merecen el nombre de salvajes. Las observaciones que preceden, habrán, si no me engaño, establecido esta doble verdad: 1.º La existencia simultánea entre esos pueblos de lo superfluo y de lo necesario; la anterioridad misma de ese superfluo sobre la mayor parte de las formas que un necesario un tanto desarrollado puede revestir. 2.º El carácter ya complicado, y á menudo extravagante, frecuentemente corrompido de casi todos los géneros del lujo y del superfluo.—Dejemos á un lado algunas muestras más puras del arte de la ornamentación; los hechos recogidos por los viajeros y los eruditos confirman esta tesis, que el lujo en general debuta por el mal y el exceso, no por un período de inocencia (1).»

Hemos creído que no debíamos suprimir las conclusiones de M. Baudrillard para que no

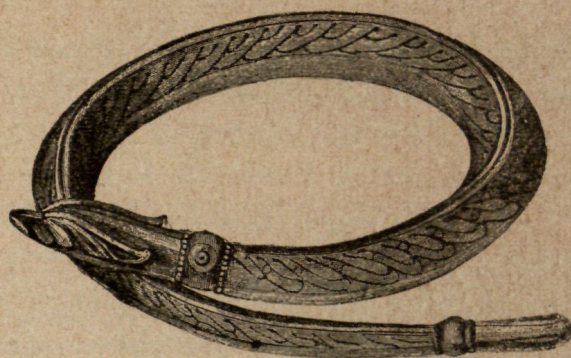


Fig. 103.—Brazaletes de oro escandinavo.

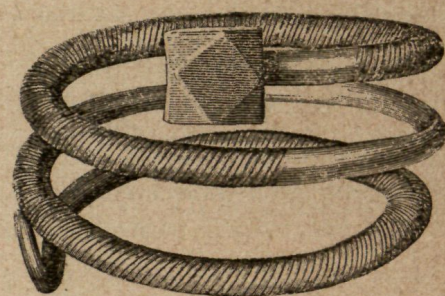


Fig. 104.—Brazaletes de oro escandinavo.

(1) BAUDRILLART.—*Histoire du luxe, etc. etc.*—Tomo I, pág. 179 á 197.

se nos acusase de querer imponer las nuestras. Hemos dicho y repetido varias veces, y no estamos seguros de que ahora lo repitamos por última vez, de que el defecto capital de la obra del insigne economista es la falta de la nota estética que le hace caer en la aberración de confundir el mal lujo con el buen lujo, negando al lujo su período de inocencia, que es tanto como decir su período artístico.

Cierto que un severo economista, ó un severo moralista á la moderna, puede censurar al infeliz salvaje que habita en una gruta, y anda desnudo, y no tiene más armas ó instrumentos de guerra y trabajo que palos y guijarros, el cuidado que pone en acicalar y adornar su cuerpo, antes de proveerse de lo que le sería más útil; esto es, de una buena choza, capaz de resguardarle de la intemperie de todas las estaciones, y de buenas armas y herramientas que le pusieran en disposición de defenderse mejor de todos sus enemigos, y en estado de poder trabajar mejor de lo que lo hace los materiales de construcción que á mano tiene. Pero este modo de ver envuelve una petición de principio, pues implica que el salvaje en el momento en que le estudiamos anhela salir del estado en que se encuentra para gozar y disfrutar del estado de civilización en que nosotros nos hallamos, cuando precisamente los hechos, mil y mil veces repetidos, demuestran que esto no es exacto, que el salvaje de nuestra civilización sólo gusta aquellas ventajas puramente materiales cuya acción siente con toda su intensidad, esto es: el salvaje está pronto á abandonar su arco y sus flechas en seguida que se le enseña el manejo del fusil, porque el fusil le pone la caza que necesita para su alimentación, más cerca del cañón de su fusil, que no de las puntas de su flecha, pero el salvaje no comprende, ni siente la necesidad de ir vestido de pies á cabeza, con perjuicio de la libertad de los miembros ni de su estado sano. Para el salvaje, los guantes no producen utilidad alguna, como no sea los sabañones cuya utilidad no siente, y por esto mismo rechazan los zapatos que sobre hacer más pesada la marcha y las carreras producen los callos de que no tienen tampoco necesidad. ¿Hase visto por ventura á salvaje alguno, fuera de los pintados por los poetas, abrirse á los elevados sentimientos que constituyen el orgullo y el ornato de nuestra civilización? El sentimiento del pudor y del amor puro, el sentimiento de la paternidad y de la maternidad, el sentimiento del honor y del desinterés, ¿han hecho prosélitos en sus filas, hasta el punto de abrazarlos y querer vivir por ellos y sólo por ellos, como sucede en las sociedades civilizadas?

Suprimir, pues, como lo hace M. Baudrillard, de la cuenta *les quelques échantillons plus purs de l'art de l'ornementation*, para atenerse al lado pequeño, mezquino y miserable del lujo primitivo, es no ver, ó no querer ver más que aberraciones de la inteligencia humana, allí donde precisamente nos es dado contemplar de una manera positiva el génesis de las ideas estéticas. Cuando nosotros vemos á un salvaje, hombre ó mujer, colgar de sus orejas una pequeña y hermosa concha, y al lado de éstos otros salvajes deformarlas para introducir en ellas un colmillo de kanguro, un diente de jabalí ó de otro animal, ó un pedazo de marfil ó de madera de un decímetro (fig. 73), podemos decir que del primero al segundo existe una perversión del buen gusto del arte y del lujo que, no nos permiten señalar sus causas la dificultad de darnos á entender por dichos pueblos salvajes, incapaces de seguir una conversación sobre materias abstractas. Pero el hecho existe, por más que, como sucede con los niños, estén sus autores incapacitados de dar razón de lo que les ha llevado á cometerlo.

Con esto no queremos decir que las sociedades primitivas no conocieran el mal lujo, en el sentido no del gusto falto de valor artístico, sino del lujo embrutecedor é inmoral; pero



concédasenos que todo lujo, que todo arte, falto del sentido de lo bello, tiene este aspecto embrutecedor é inmoral que para muchos no es notorio sino cuando otras pasiones se apoderan de las artes á manera de disfraz para realizar sus triunfos ó conquistas.

¿Puede darse nada más inocente que ver á un salvaje coronado de flores y pintado su cuerpo, yendo de aquí por allá en el traje de nuestra madre Eva, sin escrúpulos de ninguna clase, lo mismo delante de los mayores que de los menores, de los propios que de los extraños, así de su misma raza que de otras razas? ¿Pues no nos estasiarnos en la inocencia de nuestros hijos cuando en la primera edad demuestran su sentido para lo bello sin la menor noción del pudor ni de la avaricia? Si es así, todo es inocente; inocente el sér humano, inocente cuanto emplea para satisfacer la imperiosa necesidad de su naturaleza para el cultivo de lo bello.

En efecto, ¿qué nos dicen cuantos viajeros con verdadera preparación y conocimientos han tratado de darnos á conocer el génesis de los sentimientos de los pueblos salvajes? M. Wiener nos lo dirá.—Para el inteligente comisionado del ilustrado gobierno de la República francesa en *Perú* y *Bolivia*, cual estado pasado y presente, artes y costumbres tuvo misión de estudiar; «el vestido del hombre primitivo parece haber nacido de un cierto gusto estético. El hombre nota que su cuerpo está muy poco adornado, comparado con el de las aves y casi todas las demás criaturas de la creación: es por esto que despoja á las aves de sus plumas, al árbol de sus flores ó de sus frutos, y no es el sentimiento del pudor, sino más bien el sentimiento de lo bello lo que hace nacer en él, mejor que la necesidad de vestirse, el deseo de adornarse.

«El primer vestido es forzosamente la corona, pues es á la vez el más fácil de hacer y el que más directamente embellece la cara; luego el vestido baja, por decirlo así, lentamente á lo largo del cuerpo. Después de la corona vienen los collares que se multiplican, se ensanchan y forman el poncho, luego la camisilla; después viene la faja que ciñe los muslos, que luego se une al poncho ó á la camisilla que se detenía en el ombligo. De esta manera se ha ido creando gradualmente el vestido que descende hasta las rodillas, y algunas veces hasta los tobillos.

»A la vez los puños y los tobillos se rodean de brazaletes, y por último comparece la sandalia que abriga los pies. Cosa digna de notarse; cuando, por la costumbre ó por el gusto variable de la moda, un primer envoltorio cubre completamente el cuerpo, casi en seguida se pone el hombre un segundo envoltorio, y á veces hasta un tercero y un cuarto, todos sobre el primero. Precisamente en este hecho encontramos la confirmación de que no es en modo alguno el pudor, sino la costumbre la que da ese sentimiento. Hay ciertas razas como el highlander de Escocia, el tirolés de Austria—y nosotros podemos añadir nuestros valencianos—«cuyo cuerpo no está cubierto sin solución de continuidad; de suerte que en estos pueblos, las rodillas y tobillos quedan desnudos»—ó la pierna. En nuestro mundo se acusaría de impudor á aquel que se permitiera una tal infracción de las costumbres.»

Permitásenos continuar con la cita del libro de M. Wiener, que nos dará á conocer el traje del indio peruano que comprobará cuanto dejamos expuesto, y servirá de elocuente y viva demostración del lujo salvaje, cuyas obras hará pasar por delante nuestros ojos.

Refliriéndose á los peruanos de los días de la conquista española dice, que habían llegado ya á envolver completamente el cuerpo, y que principiaban á reenvolverlo llegando ya á la altura del estómago. Pasando luego á la descripción de las piezas del vestido del peruano

autoctono dice, que el primer tocado, en el Perú, nació de la necesidad, y bien puede asegurarse que en todas partes sucedió lo mismo. Mas aun creemos poder asegurar que todo lo que no tiene ese carácter no es primitivo. La falta de sentido de las cosas nace en una civilización desarrollada; cuando la necesidad de lo nuevo se impone para satisfacer la ansia de mudar que agita constantemente el espíritu humano.

«El primer tocado, pues, dice M. Wiener, «por lo menos en el Perú, nació de la necesidad. Los cabellos del indio son de una abundancia extraordinaria y de una singular rigidez, y no conocían el arte de cortarlos. Era necesario, pues, mantener esa cabellera que, en los valles tropicales, en medio de una vegetación espesa, constituía una incomodidad real y una dificultad para abrirse paso por entre los espesos bosques.

»Una ancha hoja y un bejuco que servía de cuerda dió origen al primer tocado, á la cinta para tener cerrados los cabellos. De este tocado hemos hallado numerosas muestras, no sólo en las mismas momias, sino también en los vasos. Dicho se está que la industria primitiva al desarrollarse llenó de adornos la venda ó cinta, y que estos dibujos pintados primero, fueron luego tejidos, haciéndose más tarde de metal, etc.

»Entre la venda y la frente, puso el indio alas ó plumas brillantes de aves, fijando más tarde esas plumas en la misma venda. Así muy pronto las cintas rodearon la venda entera, fijadas por medio de cuerdas ó de hilos, formaron en sí mismas una venda coloreada, tanto más estimada cuanto aumentaba la talla del hombre. Esta innovación se manifiesta en seguida en las vendas de metal en las cuales se imitan puntas que imitan las plumas ó los penachos primitivos. El clima desarrolla este primer tocado: en la costa del Perú donde el sol quema, la venda retiene, parecida á un casquete, un pedazo de tela simple ó doble, que abriga el cráneo contra los rayos verticales del sol. Este casquete reunióse luego con la cinta, resultando de la unión una especie de bonete, ó si se prefiere, una especie de sombrero sin alas.

»En la Entre-Cordillera, los vientos frescos obligan á que la venda se alargue por los dos lados, de suerte que una tela, igualmente simple ó doble mantenida por la venda, cubra las orejas y los cabellos hasta la altura del cuello. El bonete de la

cinta, que no abriga sólo del sol, sino también de la lluvia, y la venda interior con sus apéndices que protege contra el viento, forman una especie de casco de tela que adquiere una cierta solidez, cuando en su forma definitiva está forrado de algas ó de algodón, y que gracias á otra venda ó cinta, se fija alrededor del cuello.

»Llevaban los indios de entrambos sexos, collares, brazaletes, pendientes y anillos; los collares consistían en una cinta de metal repujada; de ellos los hemos hallado en oro, en plata y en cobre, adornados muy á menudo con dibujos hechos al martillo. Las indianas sabían enhebrar, luego de haberlas agujereado, habichuelas, pepitas de chirimoya, variando

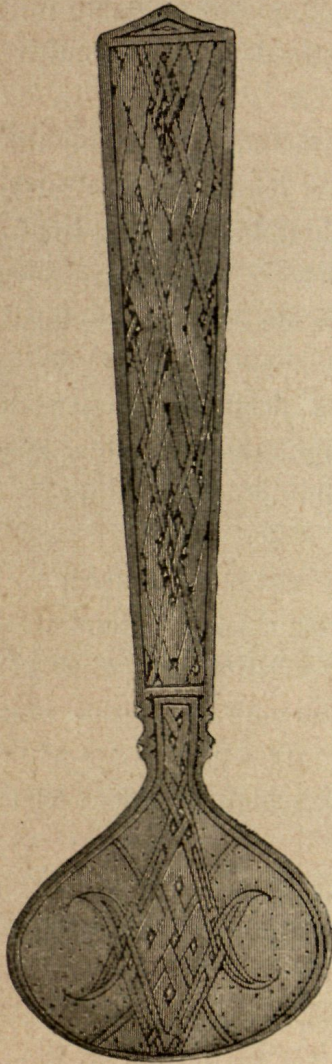


Fig. 105.—Cuchara de bronce.

de esta suerte los elementos del collar. Para fabricar adornos valíanse de todas clases de frutas secas de las más variadas formas; se iba aún más lejos, se empleaban dientes de león, —puna—humanos, pies de aves, huesos de monos, pequeñas conchas enteras ó en fragmentos; más tarde se imitaron los granos de metal. Por esta razón se encuentran brazaletes compuestos de una serie de pequeñas balitas de oro, de plata ó de cobre; pero no eran estos ciertamente los más estimados, pues el valor del objeto aumentaba con su rareza y en el precio que representaba su confección. Los collares de coral, las piedras blandas y las piedras duras trabajadas y agujereadas, particularmente el lápiz-lázuli, eran consideradas como piedras preciosas; así su número era algo limitado, y no se encuentran collares compuestos de piedras duras sino en las momias de los personajes muy ricos. Los collares iban

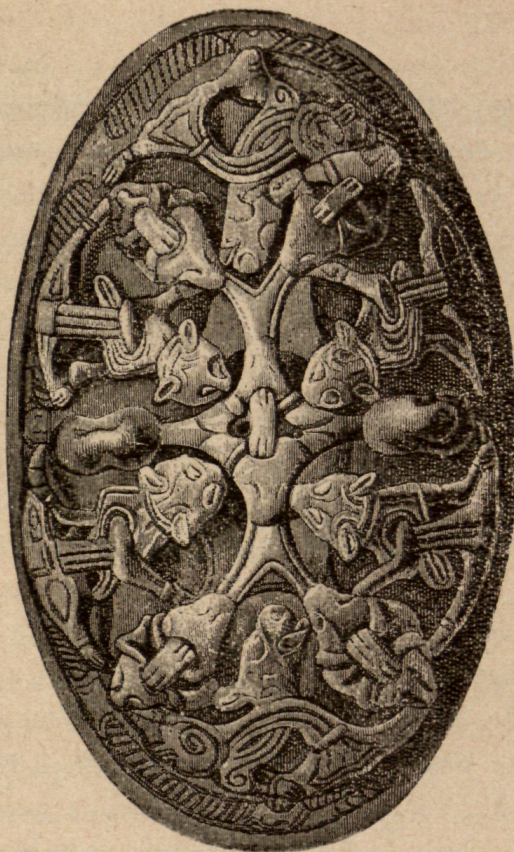


Fig. 106.—Planchas de bronce con relieves mitológicos.

ensanchándose y cubriendo cada vez más el cuello y las espaldas; entonces se empleaban las pieles de las aves y vendas tejidas, transformándose los adornos del collar en clamasterios unidos á la cinta; otras veces se le pegaban á los collares adornos de pasamanería, y de esta suerte lo que en un principio era adorno, cubría primero el pecho, la espalda después, constituyendo un verdadero vestido. Esos collares de pasamanería, tejidos, bordados, brochados, etc., son los más curiosos modelos que puedan darse del gusto peruano. El brillo de los colores de esas piezas, destinados á rebajar los naturales de los que los llevaban, es muy notable, y á menudo llegan hasta nosotros con todo su vigor.

»Todo lo que acabamos de decir de los collares puede aplicarse á los brazaletes que generalmente se llevaban á la vez en los puños y arriba del codo. Sin embargo, en esta especialidad existen verdaderos trabajos de orfebrería, en especial un brazaletes hallado en San-

tiago de Cao, no lejos de Trujillo. Nótase en él un trabajo de martillo, de repujado y de soldado, que hace de este brazalete un objeto único. El brazalete está labrado de todos lados de una manera análoga. Los anillos no diferían de los brazaletes más que en diámetro y grosor.

»Los pendientes, por lo que hemos averiguado, rara vez eran de metal. Hacíanse principalmente de madera, de tierra cocida muy fina, de caña y de liber. Son muy raros los ejemplares que implican, para las personas antiguas, la necesidad de agujerear el lóbulo de la oreja; la forma acostumbrada para los pendientes, era la de un pequeño cilindro de tres á cinco centímetros de largo, por cuatro ó seis de diámetro. En una de las extremidades del cilindro está fija una rodela cuyo diámetro varia de seis á ocho centímetros, cubierta de dibujos, de incrustaciones en nácar, hueso, etc. Ese adorno está sujeto por un hilo de algodón que rodea la oreja, de suerte que el cilindro corría paralelo á las sienes, y la rodela se presentaba paralela al rostro...

»Sólo de una manera excepcional hemos dado como en Santa con dos vasos figurando cabezas humanas, cuyas orejas estaban atravesadas por bastones, pedazos de caña ó pequeños cilindros de madera. En Pazamenga hemos hallado una cabeza teniendo anillos móviles en la masa: pero esto, repetimos, es excepcional, y como en la gran mayoría de las tumbas no hemos encontrado adornos tales, es permitido suponer que en ello no hay, si podemos hablar así, más que proyectos de modas de los elegantes y de los refinados de la época. En cuanto á los pendientes, es evidente que su fabricación se hacía con infinito cuidado, pues los ceramistas peruanos no estaban muy acostumbrados á trabajar la tierra cocida al aire. También son raras las incrustaciones, y el descubrimiento de esos dos procedimientos empleados para confeccionar esos adornos, á los cuales evidentemente se debía tener mucha afición, es un hecho característico. Es interesante añadir que las indianas de hoy día, que tantas costumbres europeas han adoptado, no se agujerean las orejas sino por excepción, y prefieren á los pendientes, sumamente raros entre ellas, los collares y los brazaletes, y los topos, alfileres que á la vez sirven de asador y de cuchara.

»La prenda del traje indígena más usada era el poncho; encuéntrase en casi la mitad de las momias en buen estado de conservación, y frecuentemente en la cerámica: consiste el poncho en un trozo de tela cuadrado, con una abertura en el medio para pasar la cabeza. De suerte que el vestido cae sobre el pecho, la espalda y los brazos. Pero hay ponchos menos holgados, y los de esta clase no cubren más que el pecho y la espalda, sin cubrir los brazos. Este corte dió lugar á la invención de la camiseta, pues fácilmente se comprende que un obrero, obligado á trabajar inclinando el cuerpo, había de sentirse embarazado por la manera como se ajustaba el poncho. En efecto, nada retenía el *peto* flotante, que debía, por efecto de su propio peso, cuando la materia era pesada, caer verticalmente, ó bien, por sus ondulantes movimientos cuando la tela era ligera, hacer el juego de una vela descargada. A fin de remediar ese doble inconveniente, se reunía el *peto* y la espalda por dos costuras, dejando una abertura suficiente para pasar los brazos, de donde resultó la camiseta. Rara vez aparece con mangas pegadas á las aberturas que acabamos de indicar, y cuando existen, esas mangas sólo tienen veinte centímetros de largo, de suerte que no bajan más allá de la mitad del antebrazo.

»En cuanto á lo largo del traje, varia de 22 centímetros á 1'27 metro, y á contar de debajo del cuello; el poncho más corto es, pues, una especie de ancho collar tejido, que principalmente cae sobre el costado. Enriquecido con colores brillantes, rojo de cochinilla,

amarillo bermellón, ó de un tablero rojo y negro, ó de rayas morenas y amarillas, etc., ese vestido parece más propio del traje militar que del civil: viene á ser en cierto modo sus charreteras, un signo distintivo en la jerarquía de las armas peruanas.

»Las momias vestidas de ponchos cortos, llevan por lo general un cinturón que puede ceñirse de dos maneras diferentes; los cinturones anchos de 15 á 20 centímetros pasan por encima de los riñones y de los muslos, y las dos mitades se cruzan sobre el vientre, formando una hoja de parra, y suben, después de haber pasado por entre las piernas, hasta juntarse en la cintura. Cuando ésta es más ancha y mide de 25 á 35 centímetros, la llevan los indígenas como una especie de jupón guarnecida la parte inferior. A veces las mismas franjas consisten, ora en plumas, ora en pequeñas trenzas de algodón, fijadas á la cintura por una red, ó si se quiere por una gaza de 25 á 30 centímetros, de suerte que el jupón podía llegar así hasta las rodillas. En ciertos casos el cinturón se encuentra unido á la camiseta por una red análoga á la del cinturón, de modo, que el vestido cubre al hombre desde las espaldas hasta la mitad de la tibia; en casos raros ese vestido de sólido tejido, forma una especie de ancha zamarra ó de blusa. Nunca aparece nada que de cerca ni de lejos se parezca á los pantalones.»

Respecto á los pies, «el adorno más común es como anillo de cuerda, de tela, ó de metal rodeando el tobillo, á manera de los brazaletes que adornan los puños. Hoy día, las indias peruanas atan algunas veces alrededor de sus piernas pedazos de telas, pretendiendo con este medio facilitar la marcha por los parajes difíciles y evitar las luxaciones. Bueno es hacer constar desde luego, que el pie del indio es muy pequeño, extremadamente elegante, combado y protegido por una piel hasta tal punto dura, que sus infatigables andarines pueden pasar por los terrenos más duros y roquizos, sin herirse, sin levantar ni aun siquiera ligeramente su epidermis: puede, pues, considerarse el calzado como un vestido de lujo; por esto creemos que sólo los grandes lo llevarían. La primera forma del calzado americano fué la sandalia, probablemente de cuero de lama, luego de fibras del aloes, retenida por una cuerda que pasaba por entre el pulgar y los lados, subiéndola á unirse con la orilla del zapato en el tobillo. Algunas veces esta cuerda rodeaba el alto del talón pasando por debajo del tobillo sin unirse á la sandalia.

»En otros casos, el indio, en vez de cuerdas, fija á la suela cintas brochadas, bordadas ó finamente tejidas. Ese procedimiento, empleado principalmente por las mujeres, daba al calzado una gran elegancia, pues las cintas de las que sólo había dos, pero partiendo sin embargo de seis ú ocho puntos, cruzados con gusto, cubrían el empeine del pie, y subían por encima del tobillo, hasta envolver alguna vez la parte inferior de la pantorrilla.

»Los indios de las altas mesetas, obligados como están de cruzar por entre la nieve, tenían la costumbre de desollar las lamas, cortar su piel todavía húmeda, y plantársela á sus pies, uniéndola por medio de tiras durante veinticuatro horas, hasta que se secaba y tomaba la forma de una babucha, dejando la lana á la parte exterior, de modo que se adornaban mejor que no se prevenían ó guardaban del frío.

»Momias hay que llevan tales calzados, pero cuyos pies aparecen envueltos desde la parte inferior de la pantorrilla, por un tejido cuidadosamente enroscado, que le da la apariencia de una media. Este calzado se conserva aún hoy en toda su integridad entre los indios del *Cerro del Pasco*.

»Por un procedimiento análogo al que acabamos de indicar más arriba, se tiraba la

piel de la lama á la vez que por encima de los dedos del pié, por el empeine y el talón, pero como haciéndolo así no se podía adaptar de una manera completa, se practicaban aberturas por donde pasaban los dedos, pareciendo hecha de varias piezas, cuando en realidad sólo constaba de una sola pieza. Hay que añadir, sin embargo, que el indio cosía debajo de tal calzado un pedazo de cuero que constituía la suela.

»Es interesante comparar todas estas especies de calzado, de un lado, con los calzados de los pueblos clásicos, romanos ó griegos, con los cuales ofrecen las más sorprendentes analogías, y de otro lado con los actuales calzados de los indios (1).»

En efecto, los calzados de los indios modernos explican é ilustran los calzados que las momias nos han guardado de sus antepasados; mientras que su comparación con el calzado



Fig. 107.—Vaso de bronce.

clásico nos enseña lo que precisamente hemos ido á buscar en las artes y costumbres de los salvajes, esto es, un comentario de lo que la prehistoria nos revela con los mudos testimonios de las edades pasadas, y una demostración clara y precisa de que las fuentes del lujo son las mismas en todas las partes del mundo, pudiéndose suplir con lo que unas enseñen aquellos puntos en que callen las otras. ¿Pues quién, por poco enterado que esté de la indumentaria clásica, no habrá visto en el génesis del traje del indio peruano, el traje del indio clásico, del salvaje griego y romano, transformado luego sin perder sus grandes líneas, por el genio artístico de los hijos de la Heladia? Esta conformidad, pues, acaba por probar en el terreno de los hechos, que el estudio del lujo de los

pueblos primitivos queda explicado por el lujo de los salvajes, y que el lujo de los pueblos civilizados arranca del preciso momento en que el hombre primitivo ata á su cabeza un bejuco ó sarmiento cualquiera para retener su cabellera, y pone otros bejucos á sus puños ó pies para prevenir las luxaciones del puño ó del tobillo. De suerte que el lujo se nos aparece en su forma más rudimentaria como una necesidad espiritual, y como una necesidad material. Con él queremos satisfacer nuestro innato gusto por lo bello, que se complace en amontonar y reunir todas las más bellezas posibles para gustarlas todas de una vez, y por consiguiente lo aplicamos á todos aquellos objetos que nos rodean y nos prestan una real utilidad en cualquier sentido que sea.

Pero, ó mucho nos engañamos, ó quien haya hasta aquí leído lo que acabamos de decir del lujo prehistórico y salvaje, tiene deseos vivísimos de saber, si no es posible profundizar todavía en el mismo y dar una explicación original de otras formas del lujo, que aparecen en los pueblos históricos envueltos con ideas hasta á veces metafísicas, presentando como original y propio de tal ó cual pueblo de la humanidad, lo que indudablemente ha sido general y común á todos los pueblos de la tierra, ó bien como común de varios pueblos que han llegado á una misma concepción, lo que presentan los pueblos históricos como particular de su civilización y de su cultura.

Así, creemos, que para todos aquellos que tengan una idea de lo que es esa inexplicada

(1) WIENER.—*Pérou et Bolivie*.—Paris 1880, págs. 659 á 681.

cerámica troyana y cipriota en forma de cuerpo y cabeza humana, habrá sido nada menos que una revelación la existencia de esa cerámica peruana de igual clase. ¿Qué significa ese hecho? ¿Es mera casualidad? ¿Hay, por lo contrario, una idea fundamental que determina, lo mismo en América, que en Europa, Africa y Egipto, una cerámica cuyo parentesco parece incontestable?

En otra obra nuestra decíamos que esto no podía ser obra de la casualidad, y añadíamos á continuación:—Si todas las conclusiones del doctor Schliemann son exactas, esta cerámica es hasta anterior al sitio de Troya, ya que dichos vasos aparecen en el segundo estrato arqueológico de dicha ciudad, ó sea en el que precede al estrato de la ciudad abrasada, que se supone ser el de la Troya de Priamo; vasos, que, según la cuenta de su feliz descubridor, datan de 1200 á 1500 años antes de nuestra Era (1).

Entendemos que dichos vasos son un rasgo característico de cierto periodo de la civilización primitiva, y ésta es la opinión de Schliemann, pues al efecto cita los curiosos hallazgos de vasos de esta clase en las cercanías de Dantzic, Pommerania.—Despréndese el destino fúnebre de estos vasos claramente de las mismas circunstancias que concurren en su hallazgo, pues así los que presentan por remate una figura de bulto, como los que remedan en el tapón, cuello y cuerpo, un busto de mujer hasta el ombligo, se hallan en sepulturas, y á veces hasta conteniendo restos humanos. Un vaso como los de Cipro, rematando en una cabeza bien delineada y franca de mujer, hasta hoy no se ha descubierto en Troya; en cambio no son raros en Cipro, ¿por qué? «Porque estos vasos cipriotas pertenecen al periodo histórico y quizás cuentan un millar de años menos que los vasos de Hissarlick (2).



Fig. 108. — Hacha de bronce escandinava.

Junto con esta clase de vasos, aparecen otros remedando formas animales, en particular el cerdo, que también son muy abundantes en Cipro. recordando igualmente Schliemann que tales vasos abundan también en Méjico y en el Perú. Por último, todos los vasos mencionados aparecen en los diferentes estratos de la Ilión ante-histórica. Pero Schliemann, á quien había ya escrito Burnouf á propósito de esa representación de la mujer en forma de vaso con fuertes pechos y pronunciado ombligo,» que siempre había sido de opinión, y que todavía creía, que el círculo en relieve de dichos vasos indicaba el ombligo; y que el carácter de la cuerda umbilical es muy importante en la antigua teoría como canal de la vida por el que se transmite,» se limitó á dar en nota la de Burnouf (3) cuando tan necesario se hace investigar el papel de esos vasos con cabeza humana, ó de forma de animal.

Murray, en su notable estudio sobre la cerámica de Cipro, que como apéndice de un libro publicó Cesnola, hace lo mismo, y sin embargo, para entrar algo adelante en su significación, lo mismo Schliemann, que Murray, que Wiener, á quien debemos el estudio más acabado que poseemos sobre la cerámica peruana indígena, tenían los vasos llamados Canope

(1) H. SCHLIEMANN.—*Ilios: the City and Country of the Trojans*.—Londón, 1880, pág. 292.

(2) Idem. Idem. pág. 293 y 294.

(3) Idem. Idem. pág. 329.

del Egipto, vasos que rematan igualmente ora con una cabeza humana, ora con la de un animal, cynocéfalo, chacal ó gavián. «Estos vasos estaban destinados á contener las vísceras, reputadas impuras, y las entrañas del muerto, colocándoselas en las tumbas á los cuatro ángulos del féretro, ó á los cuatro puntos cardinales, alrededor de la tumba, como para arrojarlos á todos los vientos.» Confiados á los cuatro genios de la muerte eran los cuatro iguales en punto á formas y dimensiones, pero coronados con diversa tapadera, figurando éstas una cabeza humana, una cabeza de cynocéfalo otro, y los otros dos respectivamente cabezas de chacal y de gavián. Las vísceras, embalsamadas por separado y cuidadosamente empaquetadas, se colocaban en el interior de cada una de esas Canopes, las cuales llevaban unas, pura y simplemente en la cara anterior, el nombre del genio á quien estaban consagradas, y otras el nombre del difunto, con una plegaria especial que el muerto dirigia á las divinidades bienhechoras.» (1)

Los vasos peruanos no completan las indicaciones que resultan de las Canopes egipcias. Cierto que como éstas se hallan dentro de las tumbas, pero también se hallan en otras partes de donde no es posible concluir del simple hecho de su hallazgo su carácter. Es necesario buscar, pues, por otro conducto la explicación.

Wiener, después de haber demostrado con repetidos ejemplos gráficos que los peruanos han dado á la forma de sus vasos, la de sus principales animales y las de sus frutos, dice que de la misma manera se les ocurrió dar la forma humana, y esto parece incontestable dado que, aun cuando no era posible siempre precisar el sexo de las figuras representadas en los vasos, lo cierto es que éstos, ora representan al hombre, ora representan la mujer, siendo los más notables los que representan cabezas de guerrero. Sin embargo, Wiener nota que, los vasos hasta hoy hallados representando la figura humana afectan la de la india sentada al suelo á la manera otomana con las manos juntas y puestas al extremo superior del pecho y cubierta con el poncho, lo que deja mucho de ser exacto por lo que resulta de los vasos que presenta dibujados en su obra y de lo que se puede juzgar por los que de la misma reproducimos.

En cambio, lo que nosotros tenemos por indubitado es, que dichos vasos son una representación, cuando representan la figura entera, de la misma peruana, y cuando sólo la cabeza, una representación de la cabeza de la momia peruana, y de esto damos ejemplos bastantes para que se juzgue quién de los dos está más en lo justo.

Dando desde luego por demostrado que los dichos vasos no afectan la forma humana ó animal para servir pura y simplemente al enterramiento de los antiguos peruanos como resulta para el egipcio de sus Canopes; sino que los dichos vasos aparecían en la mesa del peruano, se ocurre preguntar, ¿á qué fin presentar en la mesa la imagen de la muerte?

A esto contestan Herodoto y Plutarco diciendo que, en los festines de los ricos se ponía encima de la mesa á la hora de los postres, una imagen representando la caja de una momia con toda exactitud y con los más minuciosos detalles, diciendo á los convidados, según Herodoto, «fijad los ojos sobre este hombre, á él os pareceréis después de muertos, bebed entre tanto pues, y divertíos.» Plutarco dice, que, «si dicha imagen de la muerte no excita á divertirse ni á beber, por lo menos incita á amarse y á quererse los unos á los otros, exhortando á todos á no prolongar con mezquinas tacañerías una existencia cuya duración es tan

(1) GARNIER.—*Histoire de la Céramique*.—Tours 1882, pág. 43 á 45.



corta.» De lo que resulta claro que en el Egipto se presentaba á los muertos en la mesa de los convites de los ricos, género de lujo que difícilmente volverá á ser de moda en nuestros tiempos, y que es muy posible que los vasos peruanos, si, como nosotros creemos, fueron inspirados por las momias, tenían igual destino. Lo que nosotros no podemos decir es si los presentaban con el mismo fin que indican Herodoto y Plutarco, ó si es necesario remontar á un orden de ideas superior cuya disquisición nos está prohibida en esta obra.

Diremos, sin embargo, que M. Wiener que nos habla del culto que á los animales y á los muertos daban los antiguos peruanos, ha profundizado muy poco esta materia, pero aun así y todo nota que todas las representaciones de la lama, ya sean en piedra, metal, madera hueso ó tierra cocida, y que los indígenas como los sabios modernos han considerado como ídolos, presentan «hueco su interior, y que por consiguiente están dispuestas para recibir algún líquido, y, en efecto eran vasos sagrados ó incensarios (1).» Nosotros no seremos tan terminantes, ya que no podemos citar un solo ejemplo que acredite el uso de tales incensarios, y por lo que toca á la tradición, no aceptamos esta seña para demostrar que tales representaciones acreditan la forma de los vasos que representan animales, como no habiéndose derivado de la fantasía del artista que les dió dicha forma, como les hubiera podido dar cualquiera otra.

Poco importante es igualmente lo que nos dice el señor Wiener sobre el culto de los muertos entre los antiguos peruanos. El señor Wiener no parece preparado para esta clase de estudios cuya importancia no comprendía. Como otro viajero de quien más adelante hablaremos á propósito de Méjico, todas estas cuestiones sólo las apuntan para dar carácter al índice de una obra, y llenar á lo menos en el índice el vacío que dejan en sus libros. Cuando nada tan fácil como llenar este hueco acudiendo á las obras de Garcilaso, Cieza, Arriaga y tantos otros historiadores del antiguo Perú. Y si no se quería tomar este trabajo, Spencer en su *Sociología descriptiva*, en el capítulo consagrado al Culto de los animales, y al Culto de los muertos, *Ideas religiosas y supersticiones*, dice más de lo necesario para la inteligencia de esos cultos cuya influencia en el desarrollo del lujo ya hemos visto, y de lo que ya hemos hablado bastante. En cambio tiene para nosotros un valor excepcional el capítulo consagrado por el señor Wiener á darnos á conocer el contenido de las tumbas, y la disposición de las momias; luego hablaremos de la forma de las sepulturas, y nuestros lectores verán magníficamente completada y demostrada esta primera parte de la HISTORIA DEL LUJO, resultando fuera de discusión todas las hipótesis que han tenido que formularse *a priori*, para poder marchar con método en la averiguación de lo que podía ser el lujo en pueblos que han desaparecido de la tierra sin dejarnos un solo testimonio escrito, directo ó indirecto, de sus usos y costumbres. Por último dichos capítulos nos presentarán tantas y tantas pruebas de que el hombre ha pasado en sus primeros pasos por la tierra, por análogos desenvolvimientos, á través del tiempo y del espacio, que no nos extrañará que personas de verdadero talento y de profunda erudición hayan caído en el error de sustentar la tesis de que fué la América precolombiana conocida y civilizada por los egipcios.

Wiener, pues, dice que;—«La arquitectura mortuoria del Perú, tiene en la costa un carácter de todo punto diferente del que presenta en el interior del país; y que, por consiguiente, varía también cuanto hace referencia á aquellos á quienes estaban destinadas esas

(1) WIENER.—Obr. y lug. cit. pág. 696.

tumbas. En la costa, el muerto está en cuclillas, teniendo las rodillas levantadas hasta á la altura de la barba, las manos aplicadas á las mejillas ó colocadas una encima de la otra en el bajo vientre.»—Véase esta postura en los vasos.—«Los cabellos están generalmente trenzados, y forman una, dos ó tres trenzas. En la cabeza una cinta tejida, ora de tejido de paja, ó de metal, algunas veces un bonete completo; y no es raro encontrar por encima del bonete ó de la cinta enroscados algunos metros de cuerda, algunas veces de hondas. Rara vez tienen las orejas agujereadas;» los pendientes como ya queda dicho. «Los ojos son á menudo reemplazados por ojos de pescado. En la boca, se encuentra siempre una pequeña bola de algodón que, según la fortuna del individuo, contiene las pepitas del mismo algodón, ó habichuelas, ó pequeñas piedras que los imitan, ó granos de maíz, ó bien pedazos de cobre, de plata ó de oro. Al cuello se enroscan los collares, y por encima de los collares corre una espesa bufanda de algodón destinada á sostener la mandíbula inferior que, á consecuencia de la po-



Fig. 109.—Vaso de bronce escandinavo.

sición vertical del cadáver tendería á desprenderse. En torno de los brazos, y encima del codo, y encima del puño, se encuentran brazaletes formados desde la simple cuerda, y de granos de chirimoyas ó de papayo, y hasta de habichuelas enhebradas, hasta los de coral, de cobre y de metales preciosos. Por lo general cada dedo lleva uno ó varios anillos. La mano abierta y los dedos estrechamente unidos los unos á los otros por un hilo que los enlaza. Entre los dedos de esta suerte apretados se encuentran á menudo canutos de junco ó de cañas llenos de polvo mineral rojo y amarillo. A partir del cuello hasta el tobillo el vestido de la momia es muy variado. En primer lugar aparece el poncho, muy corto, apenas si pasa de la boca del estómago, y lo más frecuentemente completado por un cinturón que rodea los riñones. Los dos lados del poncho caídos debajo del brazo, transformándole de esta suerte en una especie de camiseta, que algunas veces termina como queda dicho por unas mangas de 15 á 20 centímetros de largo. Algunas veces á la camiseta dispuesta de esta manera se junta una especie de jubón que cubre el cuerpo desde el estómago hasta debajo de los riñones, y consistiendo en una red de anchas mallas. La región de los riñones está adornada con una tela de trama muy firme, y desde los muslos á las rodillas corre tam-

bién otra red parecida á la primera, que lleva al extremo bordada una franja con hilo ó plumas.

«En las regiones más frías, se encuentran vestidos que tienen la forma de batas, otras que parecen blusas que llegan hasta las rodillas; y por encima de sus vestidos, suspendidos al cuello, uno ó varios saquitos conteniendo hojas de coca, de cal quemada en polvo, alimentos y algunas veces llevan saquitos de varias dimensiones. En el hueco que forman los brazos y las piernas al encogerse, ponen á veces los que sobreviven, envueltos en algodón en bruto, pequeños vasos conteniendo alimentos recubiertos de restos de cucurbitáceas. Allí mismo, aparecen colocadas estatuitas de metal, de barro ó de madera, que se han considerado sin que sepamos por qué como ídolos ó lares. Por encima del tobillo aparecen brazaletes semejantes á los que se encuentran en los brazos. La mayor parte de las momias llevan zapatos de cuero de lama, con cuerdas de aloes, ó tejidos de paja, zapatos primitivos ó sandalias.

»Dispuesta y vestida la momia de esta manera, y algunas veces envuelta en hojas de coca, de maíz ó de algodón, se las cose dentro de un sudario de una trama muy fina y á

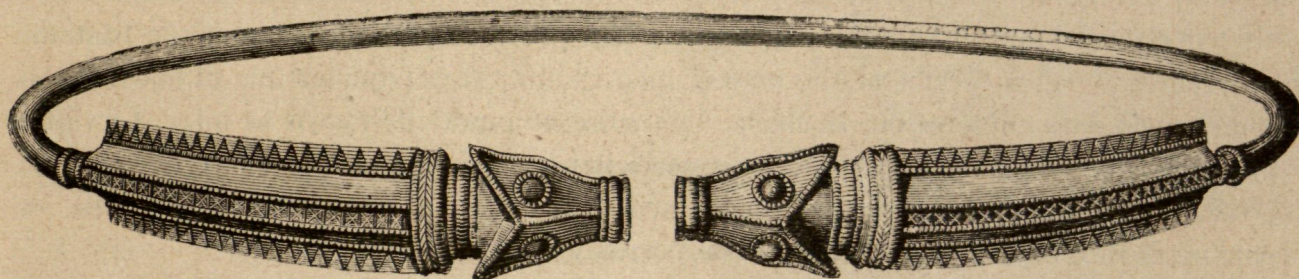


Fig. 110.—Collar de oro escandinavo.

menudo transparente. Las desigualdades que todavía pueden resultar, se llenan de algodón, y el todo se encierra dentro de un segundo sudario de una trama más fuerte, y así sucesivamente, pues las momias más ricas tienen hasta nueve sudarios. Por encima del sudario exterior, se encuentra á veces un saco tejido de paja de maíz y una red de grandes mallas también de paja, ó con cuerdas de aloes. En ciertos puntos, como en Ancón, Chancay, y en el norte de Ancón y de Pachacamac, la momia de esta suerte dispuesta está coronada por una grotesca cabeza postiza, hecha de un colchoncillo la mayor parte de las veces cuadrado, lleno de algas, provisto de una peluca de hilo negro, cubierta con una cinta ó venda de paja ó de metal, coronada de brillantes plumas. Los ojos son de plata ó de hueso. La nariz está representada por una pirámide de hueso ó de madera. La boca es casi siempre cuadrada, y la representa una placa de plata ó de madera esculpida; pendientes como los que ya hemos descrito más arriba colgados de los lados. No es tampoco raro ver cabezas formadas por una tela morena, en la cual los órganos están indicados por una pintura sumaria; otras veces la cabeza entera está hecha á punto de media, ó toscamente esculpida en madera. Por encima de la cabeza postiza, van pegados alguna vez á la momia y cubiertos de una redcilla que les sostiene unos carteles cuadrados hechos de una tela blanca tosca, tendida sobre un bastidor de cañas y cubierta de dibujos rojos y negros, ó rojos y azules.

»Tal es el aparato con que se presenta la momia de la costa. La misma descripción deja

entrever que ese aparato es más ó menos completo á veces; en efecto, la momia del pobre está enteramente desnuda y cosida dentro de un solo sudario, y echada á las arenas: y según la mayor ó menor riqueza del difunto, los elementos de los vestidos descritos más arriba aumentan de cantidad y de valor. Sin embargo, aunque tal es la regla general, conviene no menos consignar las excepciones. Así en Paramaya, hemos encontrado momias completamente diferentes de aquellas que hasta entonces habíamos visto. Estaban echadas de espaldas, y las cabezas descansaban sobre una haz de paja. Recubiertas de los sudarios, no estaban resguardadas por red alguna. Los brazos caían á lo largo del cuerpo. El muerto, vestido de pies á cabeza, lleva camisa, y alrededor de los muslos, una faja que tapa las partes sexuales; calza sandalias de cuero ó de paja trenzada y la cabeza aparece cubierta por un bonete relleno de algodón; no acompaña al muerto objeto alguno del trabajo.

»Pero encima de la momia, una cestita de labor contiene husillos, muestras de telas, pequeñas lanzaderas, potes ó sacos de afeites, momias de cerdos de India, pequeñas estatuas de metal, de tierra cocida ó de madera, representando hombres, mujeres, lamas, conchas en número de dos ó tres, *matas* ó pequeños botes de la forma de las cucurbitáceas, pelotas ó madejas de algodón de diferentes colores, flautas de caña, ó de tibias humanas ó de huesos de aves, *maichilas*, cascabeles de metal, de conchas ó de cáscaras de frutos. Esta cestita va envuelta por un pedazo de tela, y á su lado se encuentra un paquete de bastones de diferentes tamaños, sirviendo uno para el telar, y otros para piquetes que el tejedor fijaba en el suelo para enroscar sus madejas, ó para dar un punto de apoyo al telar. La vajilla y pucheros, en la mayor parte de los casos están llenos de alimentos sólidos ó de *chibcha*, cerveza de maíz, y una manopolia, en fin, de armas, completa el contenido de la tumba, en la cual no es raro también hallar momias de perros y de lamas.»

Respecto de las momias del interior dice M. Wiener, que no es cosa fácil fijar su contenido, porque el clima húmedo de aquellas regiones destruye rápidamente todo lo que son materias textiles, notando como particularidad el que la momia deje al descubierto el rostro y las puntas de los pies, conforme se puede ver en la figura que de ellas damos más adelante. En cuanto á la disposición de las momias en las tumbas que contienen varios muertos, es esencialmente diferente en el interior y en la costa.

«Están en la costa amontonadas las momias unas encima de otras, y á juzgar por la riqueza de los vestidos y el valor de los objetos que acompañan á los cadáveres, los señores están colocados debajo, los hijos encima, y por encima de éstos, es decir debajo del techo de la tumba están los criados y los animales. La misma disposición se sigue aun cuando tenga la tumba varios pisos. En punto á hallazgos los más preciosos se obtienen á medida que se descende. Sin embargo, sucede también que las momias están adosadas al muro de la sepultura en un mismo plan. En este caso todos los intersticios están llenos de arena movediza que sirve de aislador contra los influencias climatológicas.

»En el interior, las momias no están jamás amontonadas, sino adosadas á lo largo de las paredes de la tumba, y en las grandes sepulturas circulares, están dispuestas en círculo. Los vasos, armas é ídolos, etc., están amontonados en medio del mausoleo. Raimondi dice: «Parece que los antiguos habitantes del Perú tomaron un cuidado especial para resguardar los restos de sus muertos colocándolos en los puntos más inaccesibles.» Esta observación en general es exacta, pero hubiera sido justo añadir que los autoctones vivieron á menudo en puntos también tan inaccesibles como sus sepulturas, pues á veces sus habitaciones se pa-

recen á verdaderos nidos de águilas. La tumba de los antiguos peruanos apenas dista algunos metros de su cuna.» (1)

Digamos ahora, para terminar, como hemos ofrecido, algo de la forma de las sepulturas.

«La primera preocupación del peruano que construía una tumba para aquellos que le eran queridos, era la de preservarlos de la humedad que corroe y destruye el cuerpo, pudre los alimentos y consume los vestidos.

»Fácil era en el litoral la conservación de las momias, pues el clima es en ellas esencialmente conservador: la lluvia es rara, el país poco regado, el suelo arenoso: ese medio ambiente seco secunda admirablemente el esfuerzo del sepulturero peruano. En efecto, el indigena ora abrió la tumba en la arena que preservó al momento de toda influencia exterior, ora la ha colocado encima del suelo en las construcciones abrigadas por medio de adobes, y que, no teniendo que luchar contra las lluvias, resultan absolutamente impermeables á pesar de los abundantes rocíos de esta región; la acción del sol los endurece cada vez más, tanto que lejos de destruir la obra, la solidifica cada día más.

»Tenemos, pues, que examinar en la costa dos diferentes formas de sepulturas; el pozo y la pirámide; á una y otra se les da en el país el nombre de *huacas*.

»El pozo, ó tumba subterránea, tiene á veces varios pisos de profundidad. La forma más común representa en todos sus detalles la casa antigua: cuatro muros en adobes en cuyas paredes se han abierto los nichos; para cubierta un techo plano ó á doble vertiente, sostenido por los piñones de las paredes ó por troncos de árboles en forma de horquilla de intento plantados. Una viga central sostiene las soleras de *caña brava*.

»A menudo está dicha barquilla cubierta de adornos; en el punto en que se divide en dos ramas esculpe con frecuencia el indigena una figura humana con cuernos en la frente conteniendo la viga central; generalmente un collar rodea el cuello.

»Modificóse más tarde esta forma primitiva de los pozos. Y sin insistir aquí en las dimensiones que á veces tienen, diremos que los hay que alcanzan hasta 250 metros cuadrados, pero sí debemos citar las tumbas circulares. A menudo, lo mismo para unas que para otras, se ha empleado para formar la masa un hormigón arcilloso en vez de los adobes, y también á veces las paredes son de una cierta especie de cimiento. Las tumbas de varios pisos no son más que la superposición de una simple tumba; sin embargo, los pisos no están dispuestos verticalmente unos encima de otros, sino en retirada, como formando una especie de escalera cuyo peldaño alcanza á veces un metro ó dos de altura.

»Las tumbas que se encuentran encima del suelo tienen, en principio, las mismas disposiciones que las tumbas subterráneas; los muertos, ó por lo menos cada familia se encuentran reunidas en una tumba particular: esos túmulos son como colinas, ó si se prefiere colmenas de muertos; los pequeños mausoleos que acabamos de describir están cubiertos por la tierra de la colina artificial que á la vez sirve de base á un nuevo mausoleo cubierto de la misma manera, y así consecutivamente; de suerte que, gracias á ese sistema, existen montículos ó colinas de 15 á 30 metros de altura por 40 ó 50 de diámetro.

»Necrópolis de esta clase no tienen exteriormente apariencia arquitectónica, por esto rara vez contienen sepulturas opulentas. Los grandes personajes del país, jefes reinantes ó de sangre real, elevaban en lugar de montículos más ó menos informes, verdaderas pirámides en las cuales se hacían enterrar, ellos, su familia y su servidumbre.

(1) WIENER.—*Perou et Bolivie*, etc., pág. 647 á 658.

»Compónense esos mausoleos de cuatro muros de lados iguales, que en su base miden hasta ocho metros de espesor, y en su cúspide uno ó dos metros. Las dos caras de esas murallas no forman planos inclinados, sino una gradería cuyas gradas tienen por término medio de un metro á un metro treinta centímetros de anchura. La entrada se abre al este. Los muros están contruidos de hormigon ó cemento, y cuando el sepulcro está lleno un revestimiento arcilloso hace desaparecer las gradas exteriores y forma un plano inclinado de 45 grados.

»El jefe descansa en la sala formada por las paredes de la última grada interior situada al nivel del suelo. La momia real está rodeada de sus riquezas, de su mobiliario y de sus armas. Llenábase su tumba luego de arena, que constituía un excelente cerramiento hermético. Una cubierta plana de cañas la separaba en lo alto del resto de la tumba que se abría como un embudo, y luego se ordenaba á los parientes y criados del príncipe según su jerarquía, de suerte que los más humildes empleados son los que están más lejos de su per-

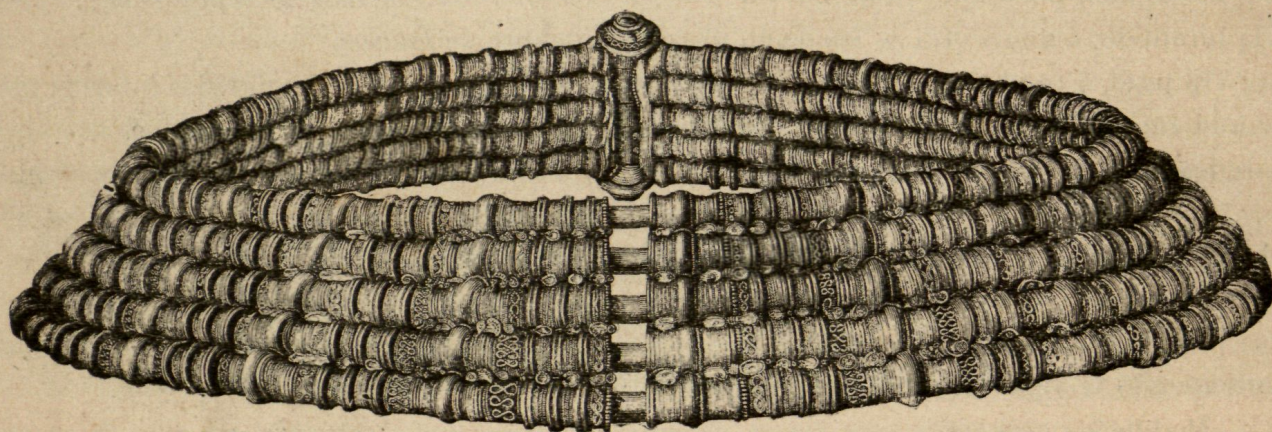


Fig. 111.—Collar de oro macizo escandinavo de considerable peso.

sona. De esta suerte, resultaba que á cada grada aumentaba el espacio reservado á los muertos. Cuando el espacio formado por la última grada superior estaba llena de momias, se continuaba la construcción del monumento; pues se levantaban en la plataforma de la pirámide truncada nuevas gradas que se iban progresivamente encogiendo, y de esta suerte el conjunto del mausoleo tomaba el aspecto de una pirámide completa. Los espacios movibles se llenaban de arena; se tapiaba la entrada disimulándola debajo la capa exterior de arcilla.»

Como veremos luego, las huacas piramidales del Perú tienen en Egipto su expresión más elevada. Pero nosotros hemos hablado de otras clases de sepulturas prehistóricas que hemos también de hallar en pueblos históricos convertidas en mausoleos suntuosísimos, y por consiguiente no las podemos pasar por alto si queremos tener un convencimiento cierto de que el lujo en todas partes tiene un mismo fundamento, como lo prueban de una manera indiscutible los pueblos prehistóricos del universo.

Nosotros hemos visto á los pueblos primitivos enterrar primero á sus muertos en las grutas; pues bien, esas grutas sepulcrales existen también en el Perú, naturalmente en los distritos montañosos, pero de estas grutas lo que particularmente nos interesa, por lo mismo que las hallaremos más adelante en Asia menor, es el que estén situadas á menudo á 100 ó

á 200 metros al nivel del valle y á una distancia no menos considerable de la Brilla de la Meseta.

«¿Cómo se pudo transportar en tales sitios á los muertos? ¿Cómo se las arregló el indio para llegar á tal altura en un muro de piedra casi vertical? No creemos que haya más que una explicación posible. Aquellos á quienes estaba confiado el cuidado de los funerales, descendían por una capa inclinada de esquistos, teniendo cuidado de romper tras sí el estrecho sendero por el que habían venido. Depositaban el muerto en una gruta natural ó en una caverna abierta por ellos. Esto hecho, continuaban su peligroso descenso, siempre rompiendo tras de sí la roca que los llevaba, llegando de esta suerte al valle, quedando tras ellos abandonado el muerto en su inaccesible morada.» Sin discutir la afirmación de si el método indicado por M. Wiener es ó no el único para explicar la apertura de tales grutas ó cavernas, pues no vemos por qué no podían bajar en andamios volantes desde lo alto de la meseta, el hecho notable y preciso es, esta apertura de sepulturas en grutas naturales ó artificiales halladas en paredes verticales.

A estas grutas suceden las sepulturas construídas al exterior y á ras del suelo. Es decir los dólmenes. Durante mucho tiempo se había creído que esta clase de sepulturas no existían en América, pero hoy tenemos abundantísimas pruebas de lo contrario, y respecto de las del Perú, Wiener dice al hablar de los hermosos dólmenes de Chulluc que tienen hasta cuatro metros de largo por un metro veinte centímetros de ancho, y un metro de altura. «El desenvolvimiento primitivo de las razas que estudiamos, comparado al de las razas del antiguo mundo, parece absolutamente normal: las sepulturas son tan poco típicas, que el plan, el corte y el aparejo de no importa

qué dólmen de Europa puede aplicarse rigurosamente á esos monumentos fúnebres de las regiones de los Andes (1).» No es esto todo lo que se puede decir sobre las sepulturas de los peruanos primitivos, y ni es lo copiado lo único que diga M. Wiener. Pero detenernos más en este particular sería alterar el carácter de nuestra obra que no puede ser una historia de la Arquitectura sino en aquellos puntos especiales destinados á ilustrar la historia del lujo.

¿Qué resulta, pues, de nuestra historia del lujo en los tiempos primitivos? ¿La coexistencia de lo superfluo y de lo necesario, como dice M. Baudrillart?—Hemos procurado demostrar que lo que el economista francés llama superfluo no es tal cosa, sino lo necesario. El hombre primitivo necesita, de toda necesidad, adornar su cuerpo porque su innato, su heredado sentimiento estético se lo exige imperiosamente. Y cuando más tarde entierra consigo todo el menaje de su casa, esto también lo hace por la necesidad imperiosa que

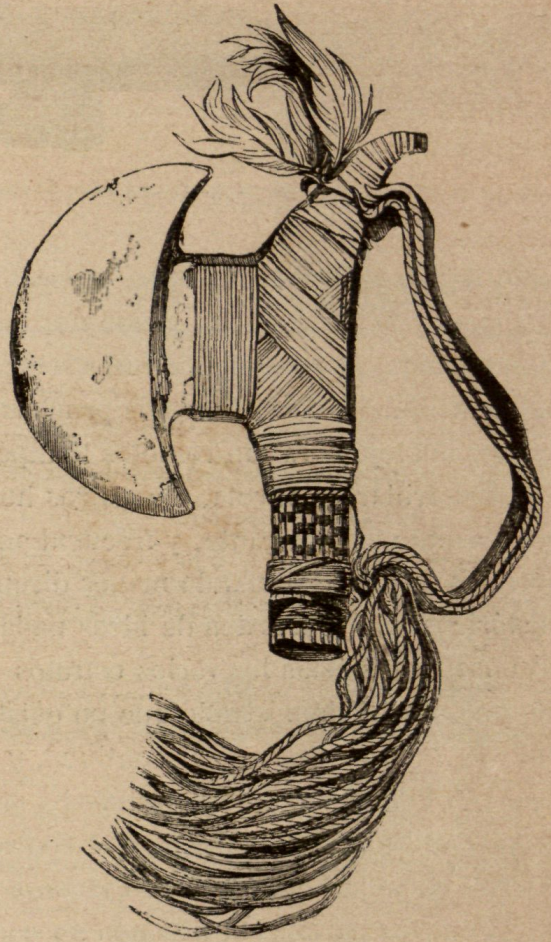


Fig. 112.—Hacha de guerra de los indios del Brasil.—Moderna.

(1) WIENER.—Idem, idem, págs. 326 á 335.

siente de cumplir las exigencias de sus creencias de ultratumba, cuyo fundamento racional hemos demostrado. El lujo lo hemos visto comparando unos mismos productos y obras de un tiempo dado entre sí, al notar la mayor perfección en el trabajo de unos sobre los otros, sus dibujos y adornos de que unos mismos objetos carecen, y por último hemos visto el lujo primitivo en todo su esplendor en las tumbas, no sólo en éstas como obras arquitectónicas,



Fig. 113.—Hacha de Río-Frío.—X Texas.—Tipo de Robenhausen.

sino registrando su contenido, pues al hacer esta pesquisa hemos hallado la sepultura del magnate y la del esclavo, y esto nos ha revelado, aun cuando su historia íntima nos quede desconocida, la existencia de una sociedad primitiva que conoció y gozó los esplendores del lujo. ¿Abusó de ello? ¿Tenemos pruebas de la existencia del mal lujo, es decir, de las disipaciones del lujo para tan remotos tiempos?

Baudrillart lo afirma, y nosotros hemos hablado largamente «del carácter complicado, y á menudo extravagante, y frecuentemente corrompido del lujo,» pero esto es exacto de los pueblos salvajes, y cuando menos diremos que está por probar respecto de los pueblos prehistóricos. En este orden de ideas nada más elocuente que las excavaciones de Troya, pues al enseñarnos éstas los varios estratos arqueológicos de una misma ciudad al través del tiempo nos ha demostrado que no existe solución alguna de continuidad en su desenvolvimiento, pues el progreso es continuo, y no existen para Troya esos retrocesos que Roma, por ejemplo, evidencia, y en donde podemos estudiar, arqueológicamente, los estragos del lujo del imperio. Es decir, que para la época prehistórica cuando menos no tenemos datos relativos á una sociedad muriendo víctima de su sensualidad ó del lujo.

Para los salvajes la cuestión se complica mucho, pues es necesario distinguir entre los

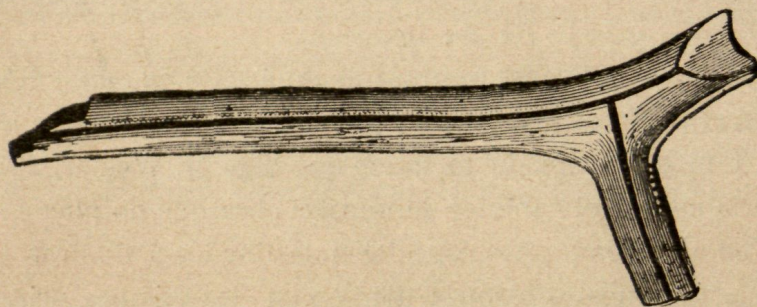


Fig. 114.—Pogamagan ó bastón de mando (?) de los indios del río de Mackensie.

salvajes históricos y los contemporáneos. Es decir, entre aquellos que como los indios americanos habían alcanzado ya una organización social bastante fuerte, y que como la de los árabes españoles muere en flor segada por la espada de los conquistadores, y aquellos que han llegado hasta nosotros viviendo la vida de los primeros estados de la civilización. Y aun para éstos hay que distinguir entre los que han vivido y viven alejados de los centros civili-



zados, y los que están en relaciones más ó menos íntimas con éstos. Hecha esta distinción, cabe buscar entre ellos los excesos del lujo, las hazañas del aguardiente, las seducciones de la mujer por las chucherías de la quincalla europea, pero ¿hasta qué punto es esto efecto del lujo? ¿Diríamos, pues, que el lujo seduce al niño cuando entre dos pelotas blancas, ó negra una, y de varios colores la otra, prefiere esta última? ¿O que una niña se deja seducir por una muñeca de airoso y elegante traje, y que esto es efecto de su tendencia al lujo? ¿Su inocencia y su candor no nos dicen ya que estamos aquí muy lejos del lujo? ¿O es que el lujo no es algo reflexivo, buscado y querido á pesar de todos sus defectos que no se esconden ni desconoce el que de él gusta á pesar de todo el daño que del mismo espera?

El fumador no niega que el fumar sea un vicio, y que el tabaco tenga mal gusto. Nuestros elegantes de entrambos sexos no desconocen que están muchas veces ridículos, pero *es moda* dicen, y se acostumbran á lo ridículo, que tarde ó temprano ha de matar todo lo que de noble haya en su alma de continuar sujetos á la moda. ¿Pero qué contesta el niño cuando se le obliga á las ridiculeces de la moda cuando esto se le advierte? Nada, pues ni aun siquiera comprende lo que se le quiere decir. Amará aquella moda el niño, porque se lo presentan, diciéndole que es bonito y que con ello estará hermoso, personas de toda confianza y de quienes ni siquiera puede presumir que le quieren mal. Y así irán con ello orgullosos. Pero tan pronto, aun en broma, se les dice que con ello están feos y se les hace burla, desgarrarán con furor lo mismo que antes no podían sufrir que nadie les tocara. Que el salvaje es igual al niño enfrente del lujo europeo, del lujo de los grandes pueblos civilizados, ¿cómo negarlo? ¿De qué armas está armado para resistirlo? ¿Acaso hay quien les diga lo que hay en el fondo de aquella botella de aguardiente que sólo se les deja gustar primeramente gota á gota? ¿Se ha calculado, se ha podido medir la inmensa sensación que siente la mujer salvaje al ver rodeado su cuello, brazos y piernas por collares de cuentas de vidrio de los más hermosos colores? ¿Y por qué al niño que no ha querido darnos un beso, le besamos con efusión cuando consiente en ello tras haberle dado ú ofrecido algo, mas porque sentimos en la ingenuidad de su alma la fuerza de nuestra superioridad, de nuestro magnético influjo, y esto que el niño está acostumbrado ó conoce más ó menos lo que le damos ú ofrecemos? Que una salvaje, pues, se nos entregue cuando ponemos ante sus ojos lo que ni siquiera en sueños entrevió, ¿esto será un efecto del lujo, y un resultado de la tendencia al lujo del ser humano? Tanto se valdría decir que

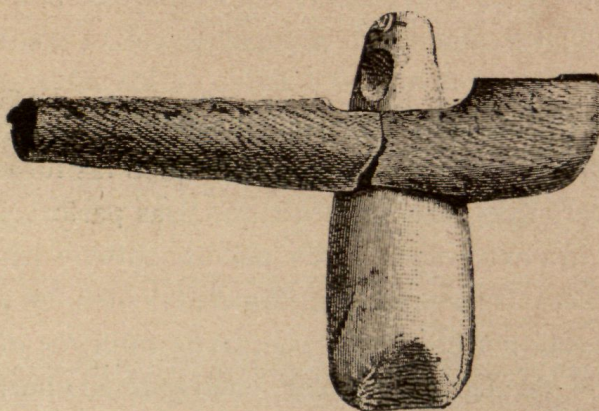


Fig. 115.—Hacha de Cumberland.—Prehistórica.

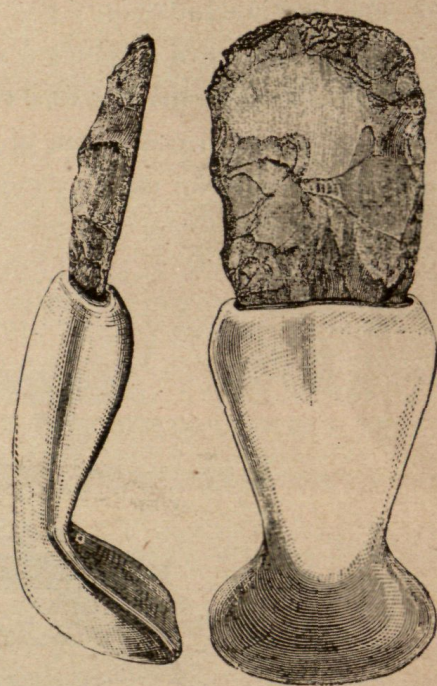


Fig. 116.—Raspador esquimal.—Moderno.

no es el narcótico lo que narcotiza, sino nuestra naturaleza simpática por sus efectos.

Que más tarde podamos señalar los efectos del lujo, como en el caso de la *Carne blanca*, en la sociedad salvaje en contacto con la sociedad civilizada, nada más natural, pues los corruptores viven al lado de los corrompidos. Pero aun en este caso hay que ponderar la fuerza del corrompido en defenderse con la del corruptor en atacar. La lucha no es entre iguales, sino entre el superior con el inferior.

Y por lo que es del lujo de los salvajes alejados de toda comunicación con los pueblos civilizados, lo que Baudrillard llama su lujo extravagante y corrompido, es de lo más difícil de apreciar, como no se disquen las ideas del salvaje con el finísimo escarpelo de H. Spencer. Esas grandes cicatrices, esas perforaciones de las partes blandas del cuerpo, etc., etc., cuya extravagancia de primer antuvio parece incuestionable, son el resultado á veces de ideas hasta sublimes, juzgadas dentro del orden de ideas en que se mueve el salvaje, y aun á veces por el sentido poético de nuestros días. Cuando vemos á un salvaje pintarse los dientes de negro ó de color, ocultando su ebúrneo esmalte, reímos á carcajadas por la ridiculez de su adorno, pero cuando el salvaje nos dice que hace aquello porque los monos los tienen blancos, ya no reímos, sino que nos ponemos serios. ¿Acaso el mono, como tantas veces se ha dicho, no es la caricatura del hombre? ¿Y cuántos y cuántos no son los excesos del lujo que no tienen más fundamento que la imitación ó la aversión?

De todo lo cual concluimos nosotros al revés de M. Baudrillard, diciendo que el lujo empieza por un período de inocencia, y que sólo el mal y el exceso aparecen cuando en medio de una sociedad más ó menos fuertemente organizada las pasiones humanas, no refrenadas por una buena educación y por un elevado sentido moral, se apoderan de las artes del lujo para saciarse ó para someter á sus exigencias á los que han aprendido á resistirlas y aun á domarlas. Y como más de una vez nos veremos obligados, bien que sólo de pasada, á tocar los orígenes históricos y aun prehistóricos de los pueblos cuyo lujo historiaremos, estas dos verdades resultarán claras y evidentes con abundante demostración literaria y artística.

